punto de partida

LA REVISTA DE LOS ESTUDIANTES UNIVERSITARIOS

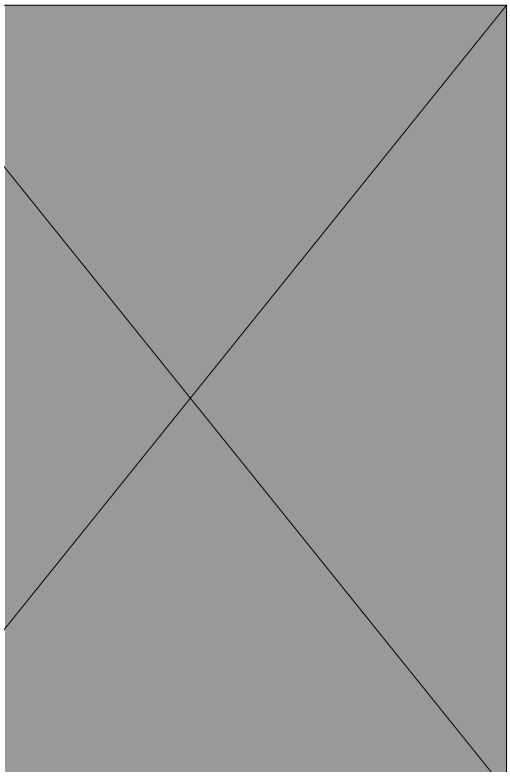
ILUSTRACIÓN DE ESTE NÚMERO

Astrid Breiter (Tapachula de Córdova y Ordóñez, 1986). Estudió la carrera de Artes Visuales en la Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas, especializándose en el área de Pintura. Su trabajo se ha expuesto de manera individual y colectiva en diversos recintos en Chiapas y Zacatecas, y ha aparecido en revistas y medios de distribución local. Actualmente se dedica a pintar y a impartir cursos y talleres de dibujo.

Fabricio Molina (Tuxtla Gutiérrez, 1988). Es licenciado en Artes Visuales por la Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas. Fue merecedor del Premio de Adquisición en el 7° Festival de la Plástica Chiapaneca, así como de la beca Jóvenes Creadores del Programa de Estímulos a la Creación y Desarrollo Artístico de Chiapas en la disciplina de grabado. Ha participado en numerosas bienales y exposiciones colectivas a nivel nacional, como la Bienal de Pintura y Escultura Alfredo Zalce en Morelia, Michoacán, y la Bienal de Artes Visuales de Yucatán, además del 2° Encuentro Nacional de Talleres de Gráfica A Tiro de Fuego. Actualmente cursa la maestría en Artes Visuales, práctica Artística y Pensamiento Contemporáneo en la UNICACH.

Dinora Palma (Tuxtla Gutiérrez, 1984). Es licenciada en Artes Plásticas y docente en la Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas. En la actualidad participa en proyectos de autoconocimiento y educación artística con niños y mujeres de barrios marginales. Es partidaria de la educación artística basada en modelos de valores que generen participación, inclusión, comunicación, autoconocimiento y reflexión a través de adaptaciones educativas de las propuestas de arte contemporáneo.

Imágenes de portada y contraportada



Fabricio Molina. Portada: *Al bosque no vayas*, xilografía, linóleo, 65 × 48 cm, 2015
Contraportada: *Sobre el castigo y otros actos de desobediencia*, serigrafía, 30 × 40 cm, 2015

Editorial 7

Del árbol genealógico
Lengua de fuego / Héctor Cortés Mandujano **8**

Trece narradores de Chiapas (1978-1994) 12
Detrás de cámaras / Claudia Morales y Fernando Trejo 14
La mujer que cantaba / Nadia Villafuerte 16
El pacto / Ornán Gómez 25
El guardavía / Daniel Durán Ruiz 30
Sin límite de tiempo / Marcelino Champo 33
Rutina / Cynthia Paola de los Santos 34
Dos cuentos / Miguel Martínez Jiménez 37
Las cuatro bestias del ahora / Mario Alberto Bautista 42
El sueño lúcido / Marco Antonio Morova 44
Ta K'atinbak / Al K'atinbak / Mikel Ruiz 46
Dos cuentos / Jorge Zúñiga 58
Neón / Victoria Sáenz 68
Delirio / Alejandra Muñoz 73
Diálogos sin Diana / Óscar Gordillo 74

El Reseñario
Unas líneas para *Wide Screen* / Luis Paniagua 77
Apología del pesimismo: *The Mountain with Teeth* /
Alonso Núñez Utrilla 78

UNIVERSIDAD NACIONAL
AUTÓNOMA DE MÉXICO

Enrique Graue
Rector

María Teresa Uriarte Castañeda
Coordinadora de Difusión Cultural

Rosa Beltrán
Directora de Literatura

punto de partida
LA REVISTA DE LOS ESTUDIANTES UNIVERSITARIOS

Número 196, marzo-abril 2016
Fundada en 1966

Edición: Carmina Estrada
Redacción: Luis Paniagua
Asistencia secretarial: Lucina Huerta

Diseño original: Rafael Olvera
Diseño de este número: María Luisa Martínez Passarge
Imágenes de portada y contraportada: Fabricio Molina
Iustración de este número: Astrid Breiter, Fabricio Molina, Dinora Palma
Impresión en offset: Imprenta de Juan Pablos S.A.
2a. cerrada de Belisario Domínguez 19, Col. Del Carmen
Coyoacán, 04100, México, D.F.

La responsabilidad de los textos publicados en *Punto de partida* recae exclusivamente en sus autores, y su contenido no refleja necesariamente el criterio de la institución.

Punto de partida es una publicación bimestral editada por la Dirección de Literatura de la Coordinación de Difusión Cultural de la Universidad Nacional Autónoma de México. Insurgentes Sur 3000, Ciudad Universitaria, 04510 ISSN: 0188-381X. Certificado de licitud de título: 5851. Certificado de licitud de contenido: 4524. Reserva de derechos: 04-2002-03214425200-102.

Dirigir correspondencia y colaboraciones a *Punto de partida*, Dirección de Literatura, Zona Administrativa Exterior, Edificio C, primer piso, Ciudad Universitaria, Coyoacán, México, D.F., 04510.
Tel.: 56 22 62 01
Fax: 56 22 62 43
correo electrónico: puntoenlinea@gmail.com
www.puntodepartida.unam.mx
www.puntoenlinea.unam.mx

Tiraje: 1000 ejemplares en papel cultural de 90 gramos,
forros en cartulina Loop Antique Vellum de 216 gramos.

Punto de partida dedica este número a la nueva narrativa del estado de Chiapas en una muestra compilada y prologada por Claudia Morales y Fernando Trejo, quienes seleccionaron también al escritor que ocupa la sección Del Árbol Genealógico: Héctor Cortés Mandujano, importante referente para la generación antologada no sólo por su destacada obra, sino por el énfasis que ha puesto en la formación de jóvenes escritores en el estado. Cortés Mandujano comparte, generosamente, un fragmento de novela inédito, una pieza notable que podría tomarse incluso por un cuento.

Esta selección presenta a trece autores nacidos entre 1978 y 1994, y a decir de los antólogos, no pretende ser un panorama de la literatura actual de su estado, sino una "aproximación a la peculiar obra de los escritores chiapanecos". Recordemos que Chiapas, quizás por su ubicación en la frontera sur, por la colindancia con Centroamérica o por el aislamiento del poder central, ha conservado características particulares que lo distinguen del resto del país, y comparte con Oaxaca la mayor diversidad cultural de México.

Así, diversa, es la muestra de voces reunida en estas páginas, tanto en forma como en intenciones e hibridación de géneros. Por un lado, el tono introspectivo del relato de Nadia Villafuerte, enigmático texto que diluye sus fronteras entre la crónica, el ensayo y la ficción. Por otro, el preciso retrato de personajes y situaciones de Miguel Martínez Jiménez en sus dos cuentos. O la prosa vertiginosa con tintes surrealistas de Marco Antonio Morova.

Están también presentes las referencias bíblicas, como en el caso de la reinterpretación —no sin humor— del origen del mundo a cargo de Ornán Gómez, o en la alusión más velada de Mario Alberto Bautista en un texto híbrido que bien podría leerse también como un poema en prosa, o en el delirio del personaje en el cuento breve de Alejandra Muñoz.

Varios de los textos incluidos en este *dossier* abordan desde distintos flancos temas comunes: la violencia —como consecuencia inevitable y única salida posible para los personajes, en los cuentos de Mikel Ruiz (publicado en tsotsil y español) y de Daniel Durán Ruiz; como hecho cotidiano y aceptado en la pieza de Marcelino Champo—; la soledad, tratada de manera contrastante por Cynthia Paola de los Santos, que lleva a su personaje al suicidio, y por Óscar Gordillo, quien más bien dibuja en su cuento una oda a la ausencia. O esa otra soledad, la compartida, presente en la tensión entre los personajes de Jorge Zúñiga y de Victoria Sáenz.

El número incluye también un compendio de obra gráfica de tres artistas visuales de la misma generación antologada: Astrid Breiter, Fabricio Molina y Dinora Palma, cuyas imágenes —algunas en escala de grises, otras transferidas a partir de originales en color— transitan y dialogan entre sí y con los textos en un conjunto que se integra con el contenido literario. A ellos, a los autores y a los compiladores, debemos esta muestra de una narrativa que aporta al lector elementos clave para pensar un tema sugerido por Claudia Morales y Fernando Trejo en su presentación: ¿qué significa escribir en Chiapas? Ⓟ

Carmina Estrada

Lengua de fuego

Héctor Cortés Mandujano

Estoy en el tercer piso de un viejo edificio. Es de noche. Dormía. Despierto, me levanto, abro la puerta como si sintiera que algo, alguien me llama. Voy hasta el barandal. Me asomo hacia el cubo de las escaleras. Allá abajo, en la recepción, hay una figura que levanta el rostro hacia mí; parece haber estado esperando que me asomara.

Es el Diablo.

Está parado en el centro, en el lugar más visible. Una luz blanca lo baña.

Me choca su *look* cinematográfico: ojos amarillos casi transparentes, barba descuidada. Trae un sombrero (para cubrir los cuernos, supongo), una gabardina beige, una mano dentro de la bolsa. El dedo gordo de la otra, aferrado a la tela, deja colgar la garra llena de pelos hirsutos. Me sonríe y sus labios (¿pintados de rosa?) parecen los de una muchacha joven, falsamente inocente y procaz: se le notan todos los pecados, pero uno quisiera besarlos.

—Linda noche, ¿no?

Estoy desnudo, me doy cuenta. Veo mi pubis y por su presencia maligna, por su atención puesta en mí, de pronto mi sexo es un pene, de pronto una vagina.

—Voy por ti, ¿quieres?

Fragmento de novela inédito.

Despierto en un cuarto de hotel. ¿Es el Diablo la mujer que está, desnuda, a mi lado?

Siento que estallo de… de… quiero que me penetre ya, sin más, pero él me besa. Los pelos duros de su bigote y de su barba. Ah, su lengua. Me abro y siento que mano a chorros. Ya, por favor. Y él me enseña su miembro potente, imposible. Lo pone en mi entrada vaginal y yo grito de desesperación. Lo introduce con lentitud y es tan grande que siento que no va a terminar de encajármelo. Lo retrae, en lo que creo son minutos, y luego me da la primera embestida. Como si una ola me aventara a la playa. Creo que me he vuelto de cristales, me hago pedazos, caigo en la oscuridad sin fin…

Me propone matrimonio. No sé. A veces nomás se me encarama y pas, pas, pas. Él se va al limbo y yo me quedo viendo la pintura del techo. ¿Eso de veras le gustará? Pensé que lo demoniaco era menos previsible. ¿O no será el Diablo él, no seré una mujer yo?

Tocan y es de nuevo el Diablo. Ahora es una muchacha desnuda, preciosa. La aviento a la cama, muerdo sus labios, la golpeo. Y ella ríe. Trato de lastimarla con mi penetración, la rasguño. Y ella ríe. Sufre, maldita, grita cuando te lastimo, le grito. Y ella ríe.

Toda mi violencia se vuelve el chorro que dejo en sus entrañas.

—¿Tienes algo más en mente?, me dice mientras pone sus cuernitos bajo mi sobaco.

En el final, Satanás destruyó los cielos y la tierra. En la nada que quedó aún había la luz fortísima con que Dios iluminaba el mundo. Satán la apagó y comenzó la oscuridad eterna.

—Así soy yo de cabrón, ¿cómo ves?

Su mirada es de veras imposible de aguantar. Sí: es el malo, el enemigo.

Él es hombre y yo también. Nos besamos, me hubiera gustado que se rasurara, estaba pensando y veo su cambio instantáneo: es un muchacho lampiño, ebúrneo, de belleza angélica. Violencia. Dolor. Desnudos cada cual con su cigarro, con sus pensamientos. Ah, las elementales posibilidades del sexo: heterosexuales, gays, hermafroditas. Si no le echas imaginación al asunto, mejor te vuelves monje.

—¿Monje? No mames, es aburridísimo. Ya lo hice un siglo y no hay ninguna gracia en obedecer, quedarte callado, retirarte del mundo. Para ser humano, eres demasiado exigente.

Hoy se desnuda como una mujer enamorada de mí. Parada, esperándome, temblando, con los ojos absortos y los labios entreabiertos. La beso y ella parece desmayarse. Es una gran actriz, un gran actor. Es sincera, no se le ve el truco.

Dice mi nombre varias veces, con distintos matices (me suplica, gime, arrastra cada sílaba), soy el hombre de su vida, la hago inmensamente feliz, dice, cuando la penetro y me muevo apenas: el deseo me arrastra con rapidez al estallido precoz, parezco un adolescente.

Resoplo en su oído tratando de recuperar la respiración normal. Sudo por esta relación de ¿cuántos? poquísimos minutos y cuando levanto la vista ella me está mirando con ojos extraviados, enamorada perdidamente.

Pinche Diablo.

Uno de mis conocidos, llamarlo amigo es exagerar, me había invitado a tomar unas copas. Allí llegó Eli, nombre ambiguo para la mujer morena de anchas caderas y mirada negrísima, pesada, casi insoportable. No nos presentó. Luego de tomar las primeras cervezas, ella hizo preguntas impertinentes:

¿Tú crees que gustas a las mujeres?

¿Cada cuánto tienes erecciones?

¿Te rasuras el pubis?

No me importó dar respuestas directas a esos cuestionamientos:

A algunas.

Todos los días.

Sí.

Evité preguntarle algo. Parecía poseída por una furia concentrada en la agresión a los desconocidos. Intenté despedirme pronto, *¿Te vas porque te doy miedo?* Decidí quedarme un poco más para dedicarme a la observación de una mujer empeñada en parecer más hombre que cualquiera.

El tipo, el otro, dijo que iba al mingitorio y no volvió. Eli se emborrachó de pe a pa, hasta apoyar el rostro en la mesa. Ni modo de dejarla allí. No llevaba celular y evidentemente ni dinero. La llevé a un motel, la acosté y dejé un recado con mis datos. Me llamó después.

Me coge de nuevo, como suele hacerlo: besos rápidos, penetración, movimientos sin ton ni son… y ya.

—¿Eres el Diablo o un hombre cualquiera que me está engañando?

—Soy el Diablo, mamacita, y me tengo ir (se sube los calzoncillos y el pantalón, se abotona la camisa, ya ni siquiera se desnuda) así como me vengo: rapidito.

—Mira, Diablo, ya estoy cansado o cansada, porque a estas alturas ya vi que tú tomas el sexo como un juego de dados, de que me vuelvas mujer insatisfecha; de que me devuelvas mi hombría para acostarme contigo en tu papel de muchacha insoportable. Ya probé contigo ser gay y hermafrodita. Agradezco tus castillos de fuegos fatuos, pero no te veo consistencia, no creo que me hagas sentir feliz más que y a veces y solamente en la cama, no estás hecho para la felicidad, la oscuridad de tu traición eterna te ha poseído por completo.

Me escuchó. Sonó su celular en el momento en que creí que al fin me iba a dar una respuesta que no fuera desnudarse, desnudarme.

Vio la pantallita.

—Pérame, es importante. Ajá. No. Sí. No, no, no. Ajá. Carajo. No, sí. Yo te hablo.

Colgó. Me vio con ojos tiernos, se sonrió dulcemente.

—Vengo mañana y platicamos, ¿sale?

Me llama a los dos días, con su voz de niña mimada:

—No puedo vivir sin ti. Te llevaré a un motel y te bailaré desnuda, como la más humilde de tus prostitutas.

Voy y está complaciente hasta la ignominia. Baila y se va desnudando, no con algo que yo le hubiera grabado, sino con una música naca, de sirvienta.

Pobre diablo.

Me besa, me lame, hace todas las procacidades que con desgana le ordeno y, borracha, me dice a punto de llorar:

—¿Y si tuviéramos un hijo?

Dejo el cuarto de madrugada, convencido de que esto se acabó. Le mando un *mail* donde le explico punto por punto por qué ya no me interesa continuar con esta relación. No me contesta.

No me imaginé que volviera como volvió. Como Diablo.

—Es un poco incómoda esta pata de macho cabrío. Y esta cola que es, además, poco estética.

Acomodó el rabo hacia un lado, se sentó y cruzó las piernas. Puso el sombrero sobre la mesita de centro.

—Ay, estos cuernos. Mira, le estuve dando vueltas a tus reclamos. Sé que no es fácil vivir todas las sexualidades en tan poco tiempo. ¿Cuánto hace en tu calendario que te conozco, seis-siete meses? No importa. ¿Me sirves un güisqui? Gracias.

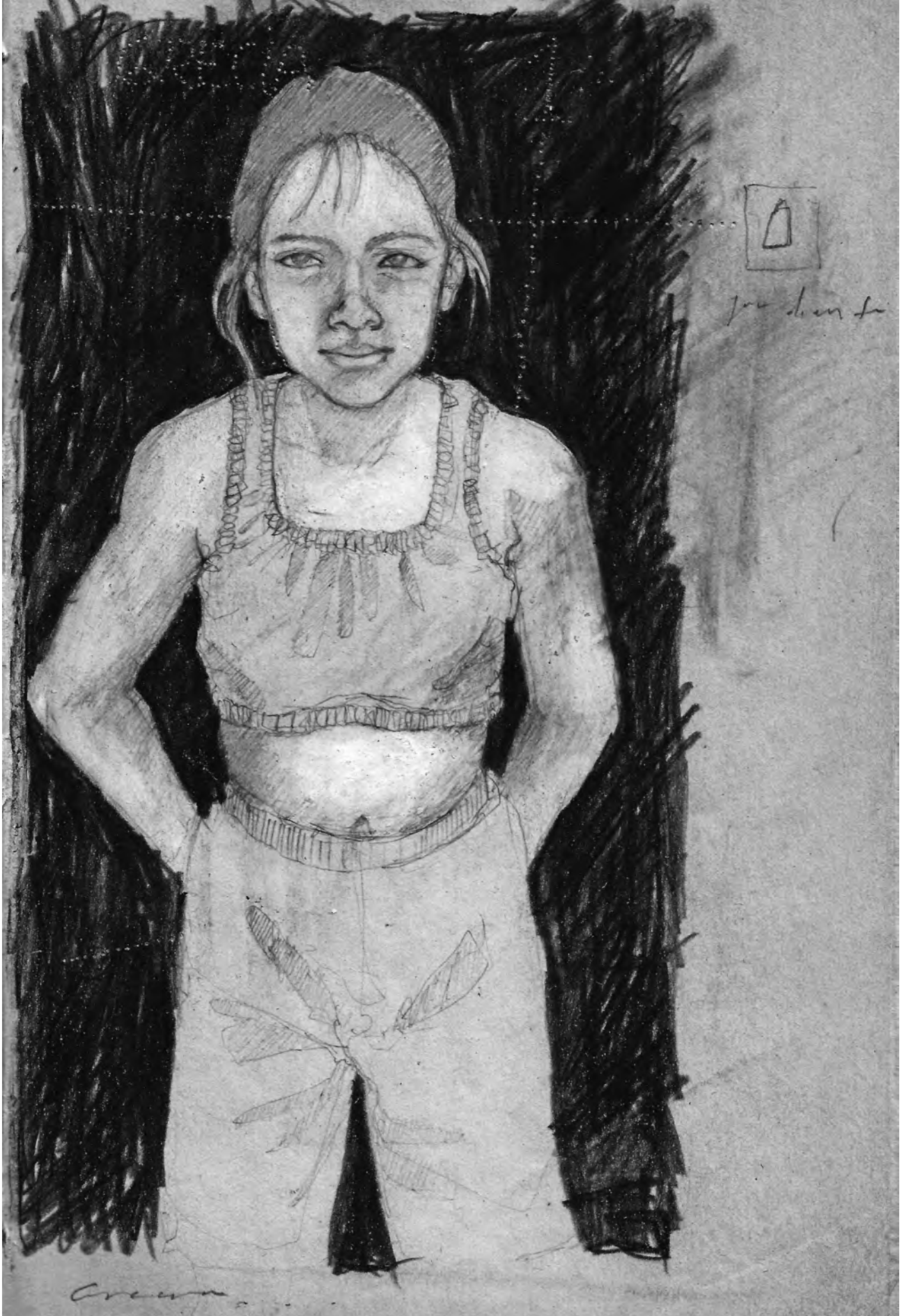
Hay hombres que se pasan toda la vida batallando, tratando de ser hombres y mujeres que no le hallan la cuadratura al círculo nunca. Ya no te cuento de los gays y los hermafroditas que la tienen más difícil. Sé que te hice ser todo eso. En tu abono quiero decirte que no lo haces mal, le echas ganas. El asunto, como lo veo, es que te aburrió el sexo y crees que la vida es otra cosa, o bueno, más precisamente, que no es sólo amor (esa ridícula palabra) y genitalidad. Hay algo más; debe haber algo más, crees. Okey. Voy a darte gusto.

Se levantó, se tomó de un tirón el güisqui y me dijo algo que nunca esperé escuchar del Diablo.

—Ya lo consulté y esto que te digo es un hecho. Sólo quiero tu decisión: ¿cuándo quieres que Dios venga a verte? Ⓟ

p. 11: Dinora Palma, de la serie *El dibujo sin ti. El ausente*, dibujo/papel, 21 × 14.5 cm, 2010

Héctor Cortés Mandujano (Finca El Ciprés, Villaflores, 1961). Es narrador y dramaturgo. Ha obtenido diversos premios y reconocimientos por su trabajo literario; su obra publicada rebasa los cuarenta títulos, y más de una veintena de sus obras de teatro se han puesto en escena. Sus publicaciones en los últimos cinco años abarcan distintos géneros: *Los versos y la sangre. Vida y obra de Efraín Bartolomé* (Consejo Estatal para la Cultura y las Artes de Chiapas, 2010), *Krontainel* (novela colectiva que coordinó y coescribió, Carámbura Ediciones, 2012), *Últimas noticias de un mundo crepuscular* (Almada Broders, 2013), *Aún corre sangre por las avenidas* (Gobierno del Estado de Chiapas, 2014), *Mapaches: campos de maíz, campos de guerra* (Mapaches Pro-Conaculta-Coneculta Chiapas, 2014), *Azar* (Azul Turquesa, 2015) y *Piedras, polvo: la película* (Tifón, 2015).



Trece narradores de Chiapas (1978-1994)

Detrás de cámaras

Claudia Morales y Fernando Trejo

En la película *El imaginario mundo del doctor Parnassus*, del director Terry Gilliam, el diablo visita un templo donde un conjunto de monjes narra la historia para que el universo no deje de existir. Aquel, a través de una treta, enmudece a los monjes. "Así, la historia se detiene", sentencia, y el mundo, al dejar de ser narrado, deja de existir.

Los compiladores de esta muestra estamos convencidos, al igual que los personajes del doctor Parnassus, de que narrar es una forma de existir y de ser en el tiempo. Así, una vez que un escritor y su lector han transitado por los caminos que abre una narración, se han convertido en otros, pues la literatura es sobre todo poder de transmutación. Apostando por esta idea, aquí presentamos un compendio de voces jóvenes que esperamos trastoquen la realidad de sus lectores.

No obstante, debemos reconocer que ésta, como toda compilación, es incompleta, parcial. Sin importar qué tan amplios sean los criterios que se establezcan para ofrecer el panorama más completo e incluyente posible, irrevocablemente dejaremos fuera voces que hubiéramos deseado incluir y que, por una u otra razón, no han podido formar parte del presente ejercicio. Sin embargo, la no inclusión no implica una exclusión, ya que los coordinadores de este *dossier* de *Punto de partida* no pretendemos erigirnos como críticos infranqueables, sino como amantes de la literatura y, sobre todo, lectores y colegas de los autores que hoy presentamos.

Eso sí, nos permitimos compartir con ustedes inquietudes y dudas, ya que a lo largo del proceso (que implicó convocatoria, selección y edición de los textos), y al vernos enfrentados a la polifonía temática y de estilo de los narradores que amablemente respondieron a nuestra invitación, en varias ocasiones nos preguntamos si acaso subyacía una o quizá más preguntas en los cuentos: ¿qué significa escribir en Chiapas?, ¿acaso nacer y crecer en esta otra frontera de la República mexicana, casi al margen del Estado nacional, nutre, alimenta, delínea una especie de *ethos* narrativo? Consideramos que los lectores podrán sacar sus propias conclusiones al respecto, pero estamos convencidos de que las anteriores no son preguntas triviales o retóricas, sino dudas que se abren en cada una de las narraciones que aquí presentamos.

Asimismo, las búsquedas literarias de los autores compilados son diversas, incluso divergentes, ya que emergen de un universo íntimo y único. Por ejemplo, podemos asomarnos a los textos universales e introspectivos de Nadia Villafuerte, observar la

pp. 12-13: Fabricio Molina, *Siempre a salvo*, gráfica digital, aguafuerte, 2014

carga semántica del terreno patrio como forma de "volver" a casa de Miguel Martínez Jiménez, o explorar la apuesta por personajes indígenas que se cuestionan la existencia humana situados en entornos rurales chiapanecos, como ocurre en los textos de Mikel Ruiz. De ahí que seleccionáramos como precedente en el Árbol Genealógico a Héctor Cortés Mandujano, dado el interés que ha puesto en la formación de nuevos narradores, y que, en cierta forma, le haya valido el reconocimiento no sólo de la crítica, sino de sus alumnos y de sus lectores.

Empero, sin importar cuáles son las apuestas particulares de los escritores aquí reunidos, todas germinan con una voz propia, nítida y potente que pretende prevalecer y transformar el entorno literario hispanoamericano. Un entorno que hoy también habla y piensa en lenguas originarias, no exclusivamente en español.

Por tanto, estamos convencidos de que lo que hoy presentamos a los lectores de *Punto de partida*, más que un panorama, si bien incompleto, es una aproximación a la peculiar obra de los escritores chiapanecos menores de cuarenta años. Ⓟ

Foto: Prensa FIL Minería

Claudia Morales (Cintalapa de Figueroa, 1988). Estudió la licenciatura en Lengua y Literaturas Hispánicas en la Universidad Nacional Autónoma de México y la maestría en Antropología Social en el Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social. Obtuvo las becas de la Fundación para las Letras Mexicanas (2015-2016) en el área de narrativa y Fulbright para cursar el doctorado en Estados Unidos. Obtuvo el Premio Nacional de Novela Breve Rosario Castellanos 2015. Es autora del libro de cuentos *Hospitalidad* (Fondo Editorial del Estado de México, 2014).

Foto: Flor Zambrano

Fernando Trejo (Tuxtla Gutiérrez, 1985). Es comunicólogo y cuenta con un diplomado en guión cinematográfico. Ha publicado varios libros y obtenido, entre otros, el Premio Estatal de la Juventud 2009, Premio de Literatura Joven Max Rojas 2011, Premio de Poesía Enoch Cancino Casahonda y Premio Centroamericano de Poesía Rodulfo Figueroa 2015. Ha publicado en revistas, antologías y medios nacionales.

La mujer que cantaba

Nadia Villafuerte
Tuxtla Gutiérrez, 1978

Terminé de leer "Paseo", de José Donoso. El narrador cuenta la historia de la tía Matilde y de sus tres hermanos, de la supuesta armonía en la que viven hasta que una perra blanca llega para romper el equilibrio y cuestionar sus fundamentos familiares. Antes de encontrar a la perra blanca, la tía Matilde ha tenido una vida austera y eficiente, pero ese elemento extraño irrumpe la normalidad y poco a poco va arrastrando a aquella mujer, la piadosa tía, hacia un universo exterior salvaje… Si no es que la perra blanca ha simplemente abierto la puerta para que todos los miedos, los secretos nunca confesados y los peligros ocultos en el interior de aquel espacio doméstico, los de Matilde incluidos, emerjan por fin. A partir de entonces, Matilde y la perra se lanzan a la calle con cierta frecuencia, y ese exterior indómito que la mujer desconocía es el que le rasga las faldas, le alborota el cabello y le impregna en los ojos un ardor distinto, hasta que un día no vuelven más.

Hacía mucho que un relato no me sacudía tanto, al grado de que cuando acabé, arrastrada por un deseo innombrado de pronto azotando mi cabeza, tuve las mismas ganas de salir. Ese exterior llamaba, pero algo por igual estaba anhelando removerse. Mi llegada a Nueva York había transcurrido entre el acoplamiento y la tensión académica, y esta vez tenía anhelo de perderme como me ocurría antes, de extraviarme a los sentidos. Ni siquiera era el ánimo de perderme lo que echaba en falta, sino que el aire helado de octubre golpeara mi rostro, que se ocuparan los ojos por calles ilegibles, esos ojos ajenos no oriundos ni turistas ni viajeros ni migrantes sino expatriados, de quien se queda sin referentes para conjeturar lo que ven.

Aproveché que Connie iba a la misa a Brooklyn y con ella salí. Cuarenta minutos después, dejando atrás Harlem, ya fuera del metro Jay Metrotech, las dos tomamos sentidos contrarios. Ella fue a la iglesia, yo atravesé la calle. Recordé que un año antes había estado por ese rumbo, en dirección a Fort Greene, buscando la dirección donde Connie vivía cuando la conocí. Tenía pareja entonces, pero en el transcurso de los meses las cosas habían cambiado y de qué modo: ahora vivíamos juntas y ella iba a la iglesia de siempre. Nunca había estado con una persona que fuera a la iglesia los domingos para leer durante la misa. Es más, nunca había estado antes con una persona como ella, dado que mis relaciones siempre las establecí con hombres. ¿No era eso la perfección y el misterio coincidiendo?

Saqué veinte dólares de un ATM empotrado en la pared de una tienda y pensé: los cajeros automáticos. Entré a un deli, compré frituras y volví a conjeturar: los delis. Cajeros automáticos y delis, además del metro, ¿no eran los puntos que unen en eslabón a casi todos los distritos de la ciudad? Esas burdas reflexiones me entretenían cuando una mujer llamó mi atención tan pronto me detuve en la esquina de Myrtle. La fulana traía un abrigo largo de imitación de piel, un sombrero de ala ancha. Los ojos le relumbraban y la boca ancha profería frases inentendibles. Era alta pero delgada, es decir grande y sin embargo se veía pequeña. Debería decir: pude apreciar en ella cierta fragilidad, como la de los gorriones

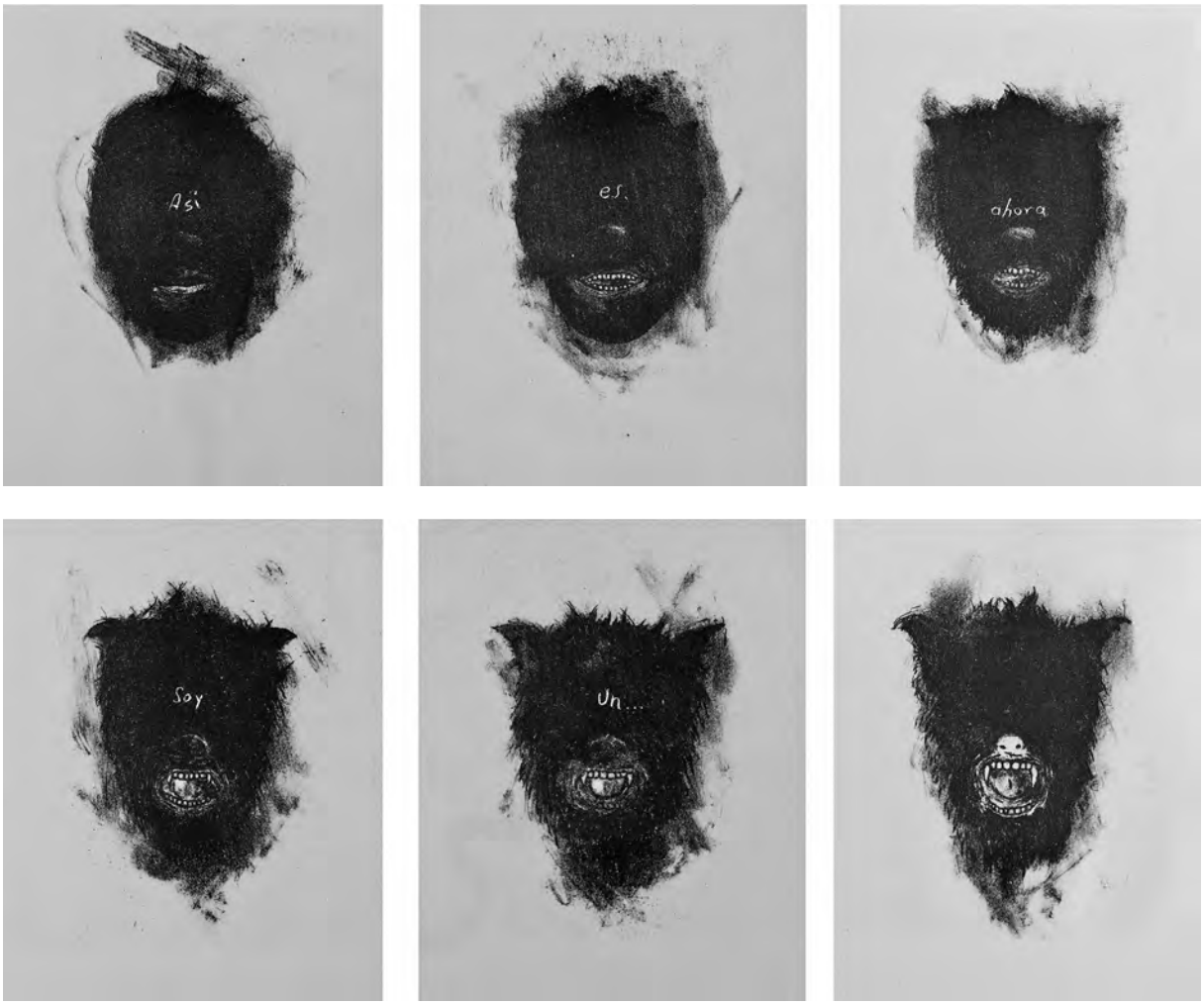
Publicado en la *Revista de la Universidad de México*, nueva época, núm. 144, febrero de 2016.

Nadia Villafuerte. Es autora de los libros *Barcos en Houston* (Coneculta Chiapas, 2005), *¿Te gusta el látex, cielo?* (FETA, 2008) y *Por el lado salvaje* (Ediciones B, 2011).

heridos a los que, por el plumaje, no se les nota la sangre que los hace temblar sino hasta cuando uno los toma y sus convulsiones nos estremecen la mano. Se movía en el mismo diámetro de banqueta, haciendo círculos sobre el borde de la esquina: a los diez minutos de observarla, me di cuenta de que no tenía intenciones de cruzar y tampoco estaba esperando a alguien. Puede que la mujer estuviera haciendo ejercicio para calentar sus carnes adheridas al hueso, y ya se sabe que cuando el viento de otoño cala el hueso es difícil que el frío se vaya. Igual yo me detuve, un poco perpleja por su caminar sin dirección, en el cerco de ese perímetro de banqueta, porque entonces comprendí. Hablaba sola y en voz alta, esa cualidad de quienes, huyendo de las convenciones, ya se han entregado a un tormentoso nomadismo. Caminaba no en esa calle sino a millas de ahí. La pregunta era dónde. Tal vez ni siquiera estuviera extraviada en otra ciudad real sino en una ficticia, perdida en un pueblo que existía en una película, una película proyectada en un cine vacío. Tal vez ella ahí, atrapada dentro de la película, mirando desde aquella orilla, estuviera acordándose de las tardes en las que perteneció a la tierra, cuando levantó su rostro hasta el cielo y se quedó ensimismada, contando, como una navegante nocturna, la aparición de las estrellas.

El caso es que su mera presencia irrumpía el fin de la tarde y daba sentido, un sentido excéntrico si se quiere, a una calle que los días de semana se mantenía en el ritmo frenético de la actividad, llena de comercios obedientes al sistema, a la máquina de hacer dinero. Quizá porque casi todas las tiendas estaban cerradas y la zona lucía sospechosamente tranquila, la mujer era

Dinora Palma, de la serie *El dibujo sin ti. El ausente*, dibujo/papel, 21 × 14.5 cm, 2010



Fabricio Molina, *Metamorfosis*, litografía, animación, 2015

visible. Yo misma no la habría encontrado en medio de esa turba que va y viene en horarios de trabajo.

Domingo, siete pm, principio de otoño. La zona del downtown de Brooklyn se debate entre la gentrificación y lo que queda de la silueta obrera y "gritty". El descanso del ajetreo cotidiano deja entrever entre calle y calle las antiguas marcas que unen un barrio con otro: por un lado, bodegas otrora fábricas, baldíos, jardines abandonados, lotes con las marcas de ventanas que fueron empaladas, muros tapiados de grafitis. Por otro, la huella de los edificios modernos, levantados a golpe de puro cristal. Estos edificios pierden su peso y dimensión cuando no hay electricidad y no hay personal ni internet ni computadoras trabajando al interior de ellos. Vacíos, obligando a volver la vista al piso, despliegan su futilidad frente al espesor de la noche porque se puede sentir, con sólo mirar sus estructuras, que la gente va a poner sus existencias ahí vía jornadas extenuantes para que puedan volver a lo de veras importante. Lo importante está siempre en otro sitio, cuando muchas de esas personas vuelven a sus respectivas habitaciones para comprobar que, desestimando sus

aspiraciones más simples, han conseguido lo que querían para traicionar lo que en algún momento desearon. Ésas eran por supuesto mis impresiones, encajadas a la fuerza sobre un paisaje simulado que mostraba su lado oculto, o al menos otros detalles: los montones de basura en las afueras de los restaurantes, los aparadores de maniquíes sin focos bajo los cuales brillar, algunos bares abiertos con alfombrados rojos y bombillas débiles haciendo espectrales las siluetas de sus clientes, los mendicantes y los lisiados de los shelters acunando sus delirios en su elegido rincón. No el downtown del Brooklyn fancy sino el del margen y sus desechos. No el barrio de los trabajadores legales o ilegales, sino el de sus fantasmas.

La mujer elegante con abrigo seguía caminando de la mitad de la calle a la esquina y viceversa. Y de pronto apareció en la escena otra figura. No supe de dónde salió pero venía con un niño y me preguntó si yo sabía a qué hora cerraban el negocio de telefonía celular, en cuya pared me había inclinado para guardar mis dólares en el monedero. Era bajita, igual que yo, de rasgos indígenas, el cabello teñido, jalaba al niño con demasiada fuerza, cualquiera habría dicho que lo estaba maltratando. Su forma de inquirir, con migajas autoritarias en la garganta, me asustó, no sé si por la aspereza con la que pronunció las palabras, como si quisiera sacarlas de su encierro.

Las grandes metrópolis han de compartir eso: que sus habitantes expresan la soledad de muy diferente manera. En la Ciudad de México la soledad se padece un poco en mute, las miradas bajas, los gestos de conmiseración expresados en silencio. Quizá la soledad no es nuestra forma de estallar, quizá ni siquiera se trate de soledad, sino de desamparo colectivo. No hay tiempo para la soledad individual cuando la catástrofe social pasa encima de los lomos sexenio tras sexenio. Allá somos almas sufrientes. Abusivas pero dóciles. Pero crueles. Pero amnésicas. Pero sufrientes. En Nueva York he notado que la solitude se manifiesta con una exigencia de las personas por ser oídas y vistas. En el metro hay quien no alcanza a subirse al vagón y te dice de inmediato que no importa, que a pesar de eso la tarde sigue siendo espectacular y que a dónde vas y si no crees que el servicio del metro es espantoso y que los migrantes la afean, etcétera. Su propia manera de configurar el: "No sé decir qué es lo que me encierra, lo que me cerca, lo que parece enterrarme, pero siento, sin embargo, no sé qué rejas, qué paredes. Y quiero romperlas, esta noche, aquí, contigo."

¿Sabe si la tienda estará abierta hasta la noche?, volvió a preguntar la mujer bajita, parada enfrente mío, compartiendo la esquina de Myrtle Avenue con la otra mujer de abrigo largo hasta los tobillos (qué tendría esa bendita esquina como para que de pronto coincidiéramos las tres). Sólo que en la segunda ocasión ella fue más agresiva, ¿o quizá paranoica? que la primera. La pregunta era absurda porque la tienda estaba abierta. Le respondí que no lo sabía, que por qué no entraba a informarse. Estaba diciendo, y aquí de nuevo no sé si encauzo esta idea a la arbitrariedad del prejuicio, esa forma maliciosa de la conjetura cuando queremos encontrarle sentido a los hechos, estaba diciendo esa mujer con el chico prendido a su mano: "Nadie quiere ayudarme, pero yo debo esperar aquí porque no quiero volver a casa y tú

bitch tendrías que saberlo." A lo mejor quería pretexto para contarme su historia pero yo, cobarde, la corté. Mi intensa curiosidad se había replegado muy rápido.

Me moví de la pared, caminé bajo el chisporroteo de los neones, me detuve e hice visera al ventanal del bar de junto, donde una pareja hablaba en sordina, quizá discutiendo que su relación estaba ya por extinguirse y que eso iba a salvarlos o a arruinarlos, cuando descubrieran que no tener problemas era el problema. "Sin ti voy a ser mejor persona", decía ella. "Nadie te va a preparar un sandwich como lo hago yo", le respondía él. El ventanal era una baldosa de vidrio grueso y la refracción de la luz deformaba la imagen que sucedía del otro lado. Sí, así de contaminada por los libros me sentía. Lo más probable es que estuvieran discutiendo la trama de la serie de televisión en turno.

Y la hora o se fugó o la escena de las mujeres en la calle de Myrtle revoloteando sobre el mismo eje se había prolongado más de la cuenta. Miré el reloj y me dirigí al lugar donde Connie y yo nos encontraríamos. La vi hecha un puntito oscuro a lo lejos, flotando en medio de un inmenso pasillo hasta que fue adquiriendo facciones: los ojos de búho con ojeras violetas enmarcadas por las micas print de sus lentes, la boca ancha diciendo "Ma'h babe" con la voz más grave del mundo, con su piel marrón y esa flaquez extrema pero de huesos fuertes que me permitían abrazarla para descubrir que era ella y no yo quien podía sostener mi peso.

Bajamos a los andenes, tomamos la línea A y en el trayecto me contó que había sido una misa peculiar porque a la iglesia entró una mulata. Que llevaba un saco largo, muy entera y guapa, no parecía homeless. Que se sentó a su lado y comenzó a hablar primero en murmullo y después casi como si estuviera en el púlpito, levantándose y dirigiéndose a los demás con dulzura, lanzando en seguida un monólogo a mitad de la misa. ¿Y si el viento la empujaba y se caía, quién iba a levantarla? ¿Y si la traicionaban sus alpargatas y se resbalaba y se rompía la cadera y no era capaz de volver a pie? ¿Pero a dónde? "¿Ustedes tienen dónde volver? Claro, tienen dinero para pagar el alquiler al menos, pero y si tuvieran la plata para marcharse, ¿lo harían?" No se detectaba en el tono si aquello era un regaño. Eso me contó Connie o eso entendí, porque yo siempre entiendo lo que me conviene. El monólogo culminaba con la referencia a su país de origen: "Soy de Puerto Rico y extraño mi casa." Después, la mujer salió de la iglesia arrastrando su abrigo desgarbado y dejando en el aire una cierta tensión. Tal vez hemos visto a la misma persona, acotó Connie cuando hablé de aquella con la que me había topado en la esquina de la avenida Myrtle, que caminaba semicírculos mirando la punta de sus zapatos, o se perdía en el pueblo ficticio de una película, o simplemente hacía ejercicio para calentar su cuerpo, esperando una estación de tren donde dormir.

Ni bien nos quedamos calladas por un rato, se escuchó una voz, una bala metálica que recorrió el pasillo del vagón. No era una bala pero se oyó expansiva. Una mujer estaba cantando. De nuevo una mujer. Demasiadas mujeres, diosas y pordioseras cruzándose sobre los mismos perímetros. La mujer que cantaba traía una túnica africana y un trapo de colores brillantes atado al pelo. El acento y la canción religiosa la delataban. Cantaba un himno pero no era ni por asomo una

Astrid Breiter, de la serie *Sinfonía caótica*, *El ayer está muerto*, técnica mixta/papel de algodón, 35 × 50 cm, 2015

de las predicadoras de Jesucristo pidiendo una moneda para su congregación. Eso habría sido, por obvio, menos turbador. Esta mujer simplemente cantaba y en el canto había algo enorme y pequeño, el mismo gorrión herido y temblando pero retorciéndose en mi garganta y no en mi mano. En el canto se presentía la huida. No se calló. Durante los cuarenta minutos de trayecto no dejó de hacerlo, vaya a saber en qué estación iba a parar. Evocaba los sonidos de un desierto añorado con una voz cargada de arena que partía el mundo, al menos su mundo, en dos: el del pasado y el del ahora, un presente continuo y con el futuro tronchado, conectadas las partes mientras se mantuviera de pie. ¿También ella quería volver y la psicosis le había hecho olvidar cómo?

Es duro, dije.

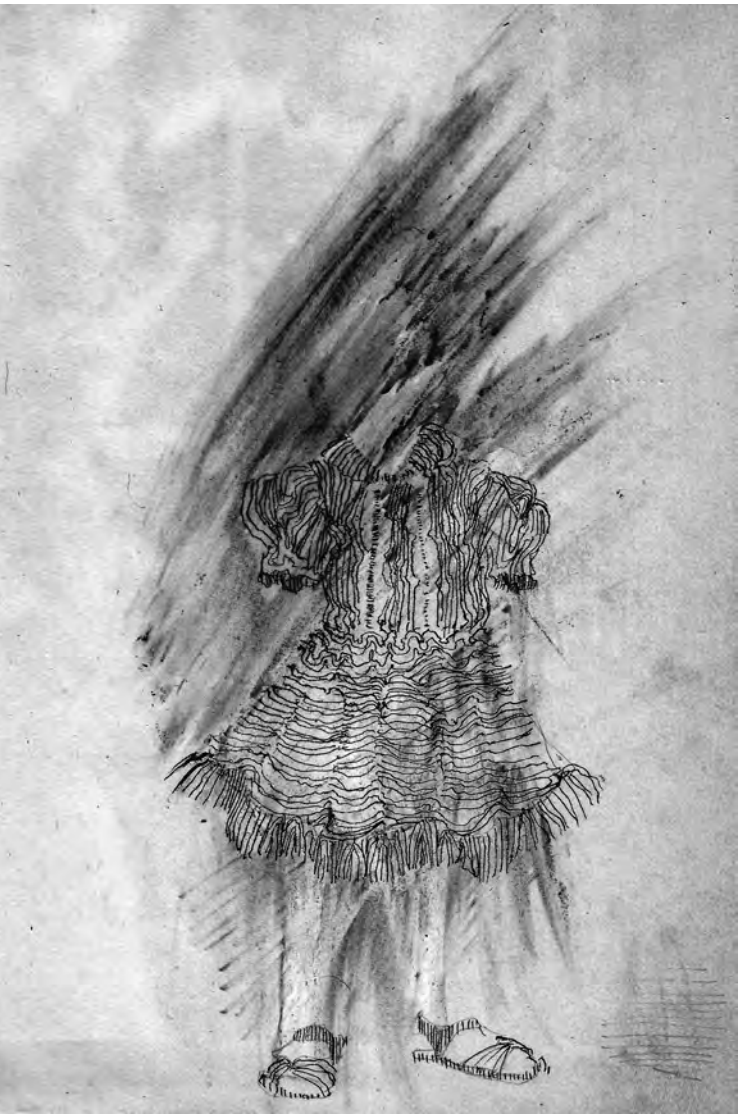
Es molesto, dijo Connie.

No es molesto. Es sólo una canción.

Podría perder la paciencia y enfrentarla.

Es incómodo, dije.

Dinora Palma, de la serie *El dibujo sin ti. El ausente*, dibujo/papel, 21 × 14.5 cm, 2010



Después de los salmos y de una misa yo al menos quiero volver en paz, dijo Connie.

Insensible, reclamé, mitad en serio, mitad en broma, en español, sabiendo que no me entendería.

Sí, dijo Connie en español. Decía "Sí"a todo cuando le hablaba en mi idioma. "¿Me odias, Connie?" "Sí." "¿Me amas?" "Sí." "¿Querrías volar este tren ahora?" "Sí." Sentadas una al lado de la otra, era obvio que nuestras sensaciones eran distintas. Unas sensaciones tan distintas que ni valía la pena seguir discutiéndolas. Tal vez tú quieres paz pero sería horrible que estas interrupciones no alteraran el camino, que nos dedicáramos a fingir que nada de esto existe. Que nadie rompiera la lógica de la sucesión temporal. Que no saliera el extraño que habita dentro de uno para desorientarnos. Sería aterrador que no se atravesaran esos seres que nos recuerdan, de hecho, que hay algo que no encaja y que a veces ni el lenguaje alcanza para entender. Está bien que nos sintamos amenazados y que los demás ejerzan su derecho a estar locos porque a diferencia de quienes lo ocultan o lo reprimen, ellos no pueden contenerlo más. Yo al menos, siento una fecunda identificación, le dije a Connie, pero no hablé en absoluto.

Llegamos a Harlem. Pensé en el amor y en el miedo. Toda la noche no dejé de pensar en esas tres mujeres, en sus formas de irrupción: las tres perdidas en horizontes bifurcados por su mente, eran como un desajuste de la realidad en medio de ese espacio colectivo compartido. En cierto sentido yo me sentía así, desajustada en mis formas de percibir y de acoplarme a los otros, al ambiente mismo: atrapada en mi propia mente, caminando

dentro de ella de un lado para otro, bajando y subiendo escaleras, tambaleándome entre pasillos durante ¿cuántas horas?, cien noches desde que había llegado a Nueva York, viviendo como si la vida aún no me perteneciera. Idéntica a como los demás habían llegado esperando nada, pero anhelando en el fondo un milagro. Hasta que los milagros se morían bajo el efecto del monóxido de carbono. Sólo que a mí me faltaba todavía un tramo extenso para descolocarme por completo, mientras que aquellas mujeres ya se habían abandonado a un lugar sin retorno.

Ellas eran las videntes. Sus murmullos inentendibles eran la sutil frontera entre la coherencia lindando con el descontrol. Hablaban porque querían confirmar que la noche existía, que ellas, que el viento frío. Además de los cajeros automáticos y los delis, dinero y comida en una simbiosis imperfecta, ¿los locos eran las junturas del mapa urbano? ¿Me recordaban algo que tendría que tomar en cuenta? ¿Dejaban las marcas de sus dedos hambrientos en el aire? Si era así, ellas representaban para mí el elemento ominoso del que habla Freud, cuando un entorno familiar, apacible, de pronto, como resultado de una inversión, se vuelve amenazante porque algo de súbito ataca esa superficie, a causa de una circunstancia que no se puede controlar ni prever y escapa a toda mediación. Si era así, estas tres mujeres bastaban para que el trayecto familiar se desconfigurara, para que lo supuestamente civilizado que había en el trayecto se tornara salvaje. Para que la seguridad se convirtiera en riesgo. Y no era sólo porque se tratara en apariencia de mujeres afligidas, tal vez acosadas por sus múltiples voces interiores, conectadas con el lado más oscuro de su psique. Lo que ellas ponían en tela de juicio tenía otra naturaleza. Lo singular es lo opuesto a lo idéntico. Si la identidad es una fantasía que nos inventamos para calmar la desesperación que supone ser diferente, ellas no se parecían más que a sí mismas, con toda su vulnerabilidad y violencia encima. Las huéspedes inesperadas. La diferencia enemiga. Las voces antagónicas. Las expulsadas de los ATM y los delis. Ellas eran como la perra blanca que se planta para incordiar la casa en el cuento "Paseo", de José Donoso. Los rostros diferentes que, cruzándose en el camino, salpicaban la ambigüedad y el desequilibrio. La circunstancia no comprendida que, sacándonos ya no de la rutina sino de nuestro aferrarnos a la simulación, abría ese espacio específico para desestabilizarlo. Una grieta desde donde se escuchaba el murmullo de sus historias lejanas. Un tajo abriendo la posibilidad de que cualquier cosa nos dejase caer, de que algo nos arrastrara a su confín oscuro para que todo se fuera al chute.

Lo más constitutivo del "yo" es siempre extranjero. Y lo que temí de ellas era lo que me aturdía de mí, cuando a través de sus rostros, vislumbré nuestro común y diferido destino: desaparecer lleva tiempo, pero desaparecer es una forma de persisir también. La una con sus hombros encorvados de migrante latinoamericana llena de aguante, con la mano famélica apretando la mano de su hijo. La exiliada de Puerto Rico interrumpiendo una misa y quitándose de encima las estrellas incrustadas a su abrigo. La última con su voz de amplio rango tonal, cantando a capella una canción que agitó al menos en mí las cien noches oscuras de mi corazón roto. Ⓟ

como le hago para no llorar...

Solo tengo miedo... tengo miedo... tengo miedo. tengo miedo, tengo miedo, tengo miedo a destallecer, a no encontrar, a desaparecer, tengo miedo a no poder, porque soy una maldita cayorona tengo miedo, tengo miedo a no estar, a no volver a encontrar, donde encontrar lo que encuentra escucha esta noche. todo se ven ella se va. todo se va, todo se va, nada sigue su, el tiempo se va y la gente se va con el, el tiempo se va y la gente se va con el. tengo miedo donde estas? donde en acerto lo que perdi. donde encuentro lo que se fue donde encuentro lo. do lo que soy y que no soy con no llorar como le hago para no llorar como le hago para no llorar como le hago para no estar como le para no sabe le hago para no volver le hago

El pacto

Ornán Gómez
Tuxtla Gutiérrez, 1980

Un dolor en el abdomen lo despertó, pero Adán no halló golpe alguno. Dormí mal, se dijo. Hizo sentadillas para desentumecer los músculos, y luego paseó por el edén que era un valle resplandeciente. El cielo tenía un azul intenso y en el aire se percibía el delicado aroma a flores silvestres y a tierra recién hecha.

Adán caminaba orgulloso y miró despectivo a una serpiente alada que descansaba sobre el pasto. El reptil, en venganza, le mostró su lengua bífida. El primer hombre de la creación deseó arrancarle las alas por igualada. Sin embargo, continuó el paseo.

Topó con un arroyo donde nadaban peces de colores, lo cual maravilló al primer hombre. En el fondo del agua descubrió su imagen. Contempló sus piernas largas, fuertes y torneadas. Después observó la cintura estrecha y ágil. Le seguía un abdomen macizo. Más arriba, el torso como coraza. Empuñó las manos y sintió la fuerza recorriendo sus músculos. Soy hermoso, se dijo, al notar la blancura del rostro contrastando con sus ojos azules. Aún seguía observándose cuando reparó que entre las piernas colgaba un pedazo de carne alargado, acompañado de un par de bolas semejantes a huevos de pava. ¿Qué haré con esto?, se preguntó.

Con la mano acarició aquel miembro que se irguió como serpiente ante el peligro. Adán descubrió que con cada caricia, el miembro le generaba sensaciones que aceleraban su respiración. También notó que toda su fuerza se concentraba allí, por lo que empezó a manipularlo con ansiedad. Después de unos minutos sintió una punzada en el abdomen, mientras un líquido blancuzco emergió de aquella cabeza rosada, dejando al primer hombre con los ojos en blanco. Luego vinieron los sentimientos de culpa, pero Adán había descubierto la masturbación y supo que era buena.

**

Despertó melancólico. La causa se originó la tarde anterior, después de nombrar a los animales. Volvía a la cueva cuando observó que los machos cortejaban a las hembras. Buscó a su alrededor, pero ninguna bestia se parecía a él.

Llamaron su atención el caballo y la yegua. La hembra mordisqueaba pasto mientras el corcel negro trotaba a su alrededor. Ésta le propinó un par de patadas

p. 24: Dinora Palma, de la serie *El dibujo sin ti. El ausente*, dibujo/papel, 21 × 14.5 cm, 2010

Publicado en la revista *Delatripa*, núm. 21, enero de 2016.

Ornán Gómez. Es autor de *En busca de la palabra* (Secretaría de Educación de Tuxtla Gutiérrez, 2010) y de *Miedo en la sangre. Notas para salvar el alma* (Coneculta Chiapas/ Morbo Ediciones, 2015). Es miembro del Programa Nacional de Salas de Lectura de la Secretaría de Cultura y delegado en Chiapas de la Academia Mexicana de la Literatura Moderna por su labor en la promoción de la lectura. Se desempeña como profesor de Telesecundaria y forma parte del consejo editorial de Morbo.

que el caballo resistió sin relinchar. Con las coces, el deseo sexual del potro aumentó, pues de entre sus patas traseras apareció aquel miembro largo que el garañón golpeteó contra la barriga. Adán vio que la yegua no quitaba los ojos del armamento y quizá, pensó el padre de la humanidad, hasta sonrió coqueta. El caballo se acercó a la hembra y le mordió el cuello. Luego, impulsándose con los cuartos traseros y apoyándose con los delanteros en el lomo de la yegua, le encajó el miembro. La hembra se limitó a mordisquear más pasto, mientras el caballo satisfacía sus instintos de reproducción. Segundos después, el corcel eyaculó un líquido lechoso que al padre de la humanidad se le antojó repulsivo. Después de contemplar la escena, Adán siguió su camino.

Cuando más apesadumbrado estaba, miró a Dios, un anciano de cabellos blancos, que venía del oriente. Adán sintió pena por el viejo de piel rugosa. Se veía débil e indefenso. Le acercó una piedra para que descansara.

—Te noto triste —dijo Dios, jadeante.

Adán contempló el crepúsculo del amanecer, mientras Dios encendía un cigarro.

—Dime qué pasa. Cuéntame todo que soy tu padre. Te sientes solo, ¿no es así?

Adán asintió de mala gana. Luego musitó:

—Ayer vi al caballo montando a la yegua.

El anciano se carcajeó.

—Así que es eso —dijo—. Mira, si decidí mandarte solo es porque no necesitas más. Bueno, espera —tosió el anciano—, todos necesitan algo.

Adán observó a Dios con curiosidad. ¿Cómo lo arreglará?, pensó.

—A los animales les di una pareja y a ti no, pero eso puedo arreglarlo. Sólo tienes que prometer que llevarás el control. A la que te daré por compañera la llamarás Eva, y por naturaleza es astuta. Yo no confío en ella. Es más fácil entendernos entre nosotros los hombres.

Adán no entendía.

—Explícate, padre, que no entiendo.

Dios respondió de mala gana:

—Quiero decir que la mujer es imprescindible para el hombre, aunque sea su destrucción. Si te la doy te encargarás de ella. Llevarás las riendas de la relación y sólo tú, óyeme bien, deberás decidir. Si aceptas esta condición, te doy con gusto una pareja.

Dinora Palma, de la serie *El dibujo sin ti*, dibujo/papel, 76 × 111 cm, 2012-2013

Adán aceptó el trato con alegría. Cuando el anciano terminó el cigarrillo, le pidió que se acercara. Frente a Dios, el primer hombre de la creación se arrodilló, pero cuando iba a tocar la tierra con la frente, sintió el trancazo en la nuca. Después sólo escuchó, muy a lo lejos, una voz que decía:

—Cuando despiertes, hijo, tendrás lo que tanto deseas —luego se desmayó.

***

Adán despertó adolorido. Recordó las palabras del viejo: "tendrás que buscarla", pero no sabía por dónde empezar. ¡Que madrazo!, se quejó al recordar el golpe del anciano. El viejo es imprevisible, se dijo. Aparece cuando no es menester y desaparece cuando se le necesita.

Mientras buscaba, el roce de los testículos le propició una erección, así que se detuvo a la sombra de un roble para masturbarse. Estaba en ello cuando oyó una risita que provenía del lago. Se levantó del suelo, temeroso. Se acercó y la vio.

Eva jugaba en el agua con un par de cisnes blancos. Sus ojos verdes tenían la inocencia de un recién nacido. Más allá del lago, un montón de mariposas revoloteaban sobre las flores. A un costado, los animales pastaban. Adán reconoció al león y al tigre, agazapados para la caza. A su lado vio a la misma serpiente con quien días antes se disgustara. Le sonrió amable, pero el reptil, de nuevo, le mostró su lengua bífida como en una sonrisa irónica. Luego echó a volar.

En tanto, Eva se observaba en el agua. Su pelo rubio ensortijado se desparramaba sobre los hombros estrechos. Sus dientes blancos hacían juego con la nariz afilada.

Sus pechos, como frutos maduros, se le antojaron a Adán exquisitos. Seguía un vientre plano. Luego apreció sus nalgas redondas en el reflejo del agua.

Salió del lago y caminó inocente por la orilla. A su paso descubrió animales que la saludaron con graznidos, rugidos, siseos y cantos; sin embargo, no halló a nadie parecido a ella. Entonces recordó al anciano que dijo:

—Alguien vendrá a tu encuentro, pero no debes ceder a sus caprichos. ¡Te resistirás! —le ordenó el viejecito mientras encendía un cigarro y se alejaba caminando hacia occidente.

Eva volvió sobre sus pasos. Adán llegaría en cualquier momento.

El padre de la humanidad tuvo otra erección. Eva observaba de un lugar a otro. Seguro me espera, pensó Adán. Recordó la escena del caballo y la yegua y decidió actuar.

— ¡Mujer! —gritó avanzando hacia ella.

Eva vio el pene erecto y olvidó las recomendaciones del anciano. Se lamió los labios y en sus ojos apareció una mirada de gata en celo. Al encontrarse de frente, Adán la tomó de la cintura y la besó agresivo. Eva respondió con la misma fiereza. Las lenguas se enlazaron como serpientes en una pelea a muerte. Ella lo tomó del cabello y arañó su espalda. Después se tumbaron sobre el pasto. Adán probó a mordiscos los pechos de Eva y ésta, con las mejillas encendidas, decidió probar aquella verga que palpitaba sobre su vientre. Adán se contorsionó y pensó que aquello era bueno y debían practicarlo a cada momento. Luego acomodó a Eva en cuatro patas y observó, por unos segundos, las nalgas redondas. Cuando la penetró, Eva aulló de placer. Después de unos minutos, ambos descansaban extasiados sobre la hierba e hicieron un pacto. Eva podía hacer lo que deseara, siempre que Adán la penetrara cuando quisiera.

****

Cerca de allí, sobre las ramas de un árbol, la serpiente y Dios bisbiseaban. El creador del universo movía los brazos con brusquedad, mientras que la serpiente siseaba como pidiendo calma. Después de unos minutos parecieron ponerse de acuerdo. Con la mirada fija en la pareja recién fromada, creador y serpiente se unieron en un solo cuerpo, pues era momento de crear otro mundo. Ⓟ

Fabricio Molina, *Eterno*, gráfica digital, 2015

El guardavía

Daniel Durán Ruiz
TONALÁ, 1981

El tren se detuvo. Las vendedoras de camarón seco saltaron al estrecho andén de madera. Apilaron los canastos en las dos bancas desvencijadas y acudieron a ver el cuerpo que yacía inerte bajo los rieles. A través de la cerca, entre el zacate ensortijado, doña Hermina, la camaronera más vieja, reconoció a Santana, el joven hondureño que se crió con Dieter, el enigmático alemán que contrabandea alcohol pasando las botellas por debajo de la puerta de su casa. Un coyote cruzó por el rumbo de los guardafrenos. Se persignó, "ruégale a Dios, tú, que nuestro mal presientes." Los centroamericanos se escondieron entre los platanares en espera de que levantaran el despojo.

Las nubes se apretaron unas contra otras por encima del volcán. Las primeras gotas se dejaron sentir por el valle. Silvio celebró que aquella noche fuera oscura. Una vez más volvió a recordar el rostro del viejo Tony, como los pósters de box de la feria, cuando le dijo que él, su futuro campeón, iba a ser el nuevo guardavía. Un sueldo seguro y pensó en Delia, en la canción del parque cuando la besó: ¡Cada vez que te presiento, cada vez que te recuerdo, a ti te pasa igual! Era una labor sencilla, tendría a su cargo una sección reparando los desperfectos que notara, pero Santana tramó cobrar el mísero jornal de los viajantes en el "Mulero", el tren de carga. Ahora él estaba allá, con una cuchilla debajo del ombligo. Recordó la pelea, Santana no logró hacer nada. Los puños de Silvio describieron líneas perfectas en el aire, el uno-dos, paso atrás, contraataque de tres golpes saliendo por el lateral. Tony le dio buena escuela de boxeo. Cuando golpeaba los costales de maíz, en la bodega de mercancías, le repetía cómo llegó a ser clasificado nacional al vencer al Costeño Mendoza. Las piernas ágiles de Silvio que le valieron fama de buen peleador nunca dejaron de moverse. No le dio a su contrincante un punto fijo de ataque. Santana hizo saltar la navaja cabritera, el mango de mariposa le permitía pivotear a ambos lados la hoja afilada, fue su perdición, un solo movimiento circular y rápido acabó con él. Dieter no tomaría bien su muerte. Echó a andar en busca de Delia.

Los pescadores salían rumbo a la barra del mar. Delia no ofreció los dulces de coco. Se quedó sentada sobre el terraplén. Silvio la alcanzó y caminaron juntos. Escuchó detrás de ellos los pasos lentos de un grupo de niños, reñían entre sí, chapoteando por momentos entre el fango. Costras secas de mugre cubrían a aquellos rostros pálidos y de aire extraño.

Inédito.

Daniel Durán Ruiz. Es editor técnico de *Artificio. Revista de Humanidades y Ciencias Sociales* de la Universidad Autónoma de Chiapas y autor del libro *El arte de abrir y cerrar puertas. El camino de la narrativa de Jorge Ibargüengoitia* (Universidad Autónoma de Chiapas, 2016). Ha sido becario del programa Jóvenes Creadores del Fondo Nacional para la Cultura y las Artes (Fonca) y del Fondo Estatal para la Cultura y las Artes (Foesca) de Chiapas. Actualmente cursa el doctorado en Literatura Española e Hispanoamericana en la Universidad de Salamanca, España.

Él decidió contarle junto al kiosco, donde los tulipanes crecen todo el tiempo. Lejos del desasosiego que le provocó el brillo de las navajas que traían los niños fantasmas que cavaban hoyos imaginarios bajo la lluvia. Resolvió llevarse al Migue, que también quiere salir del pueblo. Alejarse del rumor de la muerte, de los gruñidos cada vez más cercanos de la jauría humana. El Migue dijo sí: —Pásame a traer a las nueve, a esa hora termina el Chespirito. ¡No me voy sin ver al Chapulín Colorado!

Silvio pensó en Delia y su vestido color rosa. La niña que vio en un recoveco dentro de los vagones que transportaban carbón. Ahora ella tiene quince. En los recortes de la estación leyó que en Tampa se vive bien, y Migue: "yo te ayudo, lo juntamos de volada". El Chavo del Ocho lo echaba a perder todo.

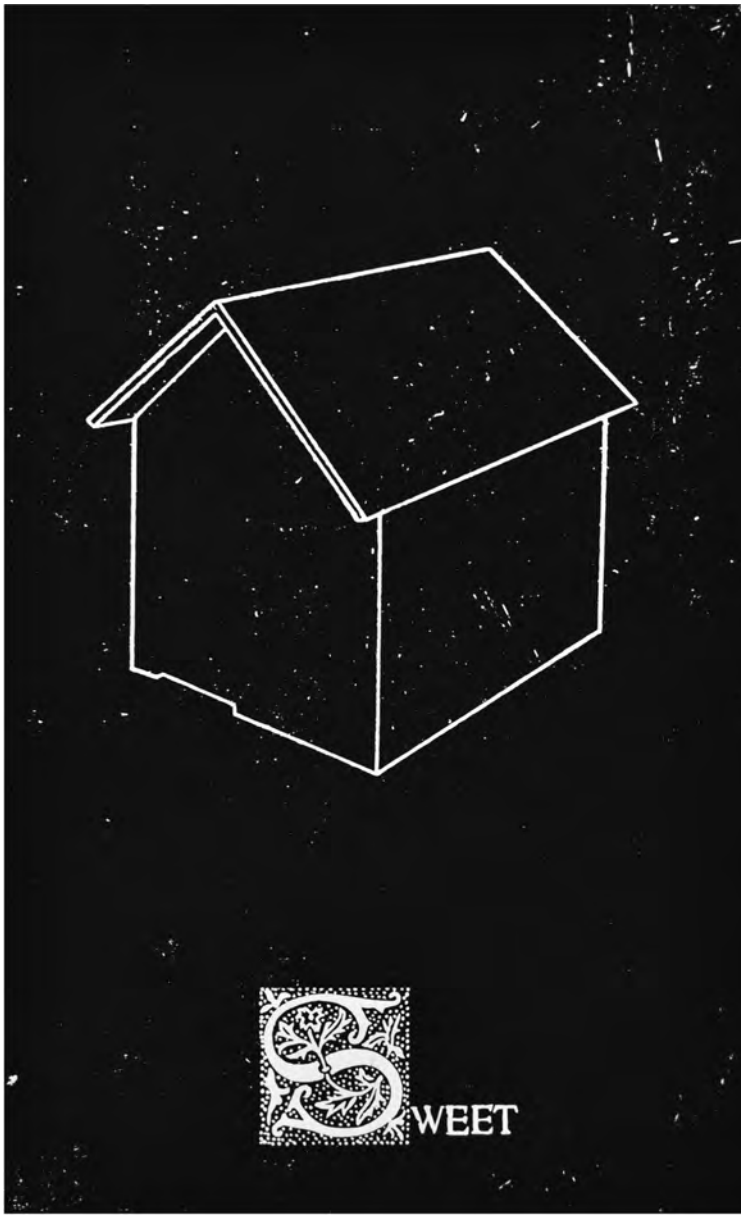
Llegaron ante una banca de color verde, vibrante de maullidos cercanos, que se oían proferidos por alguien casi humano, y le contó a Delia que a Santana lo mataron, el que mandaba en los Gallos Locos.

—Quiero que vivas conmigo.

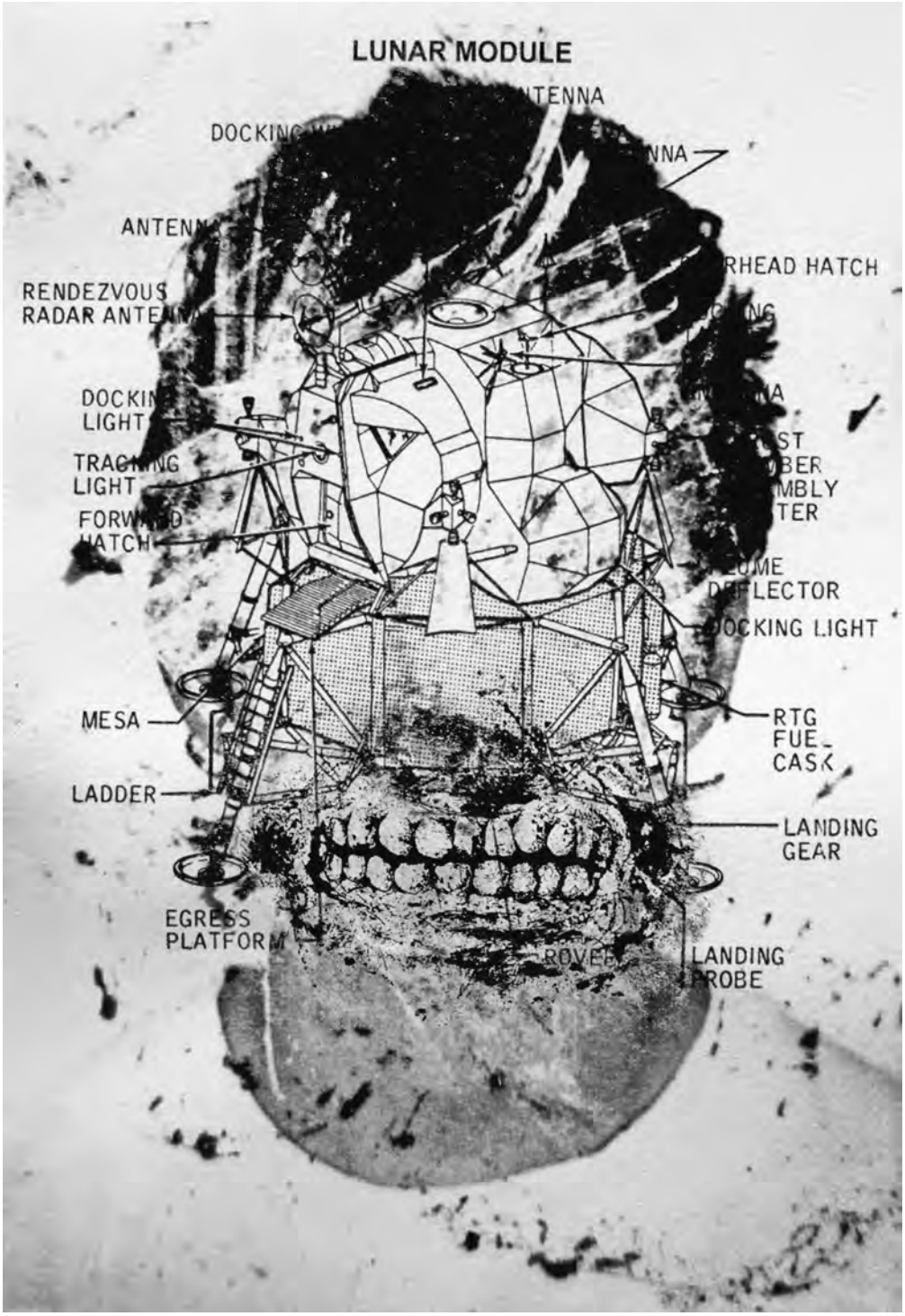
El eco de un disparo resonó en la cúpula del kiosco. Cuando el televisor repetía *síganme los buenos*, una sombra se acercó a la puerta y disparó sobre el Migue, que se quedó con un gesto que no llegó a ser sonrisa.

—Delia, vente conmigo en el tren.

Silvio no alcanzó a escuchar la respuesta, puesto que los niños de cara sucia y de pasos aletargados rodearon la banca y el sonido de los cuchillos apagó las voces. Ⓟ



Fabricio Molina, *Escondite núm. 2*, aguafuerte, 33 × 22 cm, 2015



Fabricio Molina, *Módulo lunar*, calcografía, gráfica digital, aguafuerte, 2015

Sin límite de tiempo

Marcelino Champo
Tuxtla Gutiérrez, 1983

La noche de un sábado, mi padre nos echó de la casa. Recuerdo sus ojos al momento de decirle puta a mi madre, recuerdo sus manos cerradas con odio, con rencor, con la tristeza que sólo un perdedor puede comprender. Mi madre, mis hermanos y yo nos fuimos con la abuela; no llevamos nada, sólo una maleta con algo de ropa. Mi madre sabía, yo sabía, todos sabíamos que el enojo de mi padre era fugaz, que después de la borrachera pediría perdón, y nosotros cruzaríamos la puerta con la misma maleta y la misma esperanza de que nada volvería a pasar. Pero la esperanza suele ser un callejón sin salida. Esa noche, como muchas otras, mientras íbamos por aquel camino empedrado, vi la luna, parecía el ojo de un gigante que se asomaba desde la oscuridad, una mirada que llegaba para presenciar el destino.

Cuando cumplí diez años mi padre me llevó por primera vez a la lucha libre. "Mira, Chavita —me decía—, los técnicos son muy putos, los cabrones son los rudos. Ya ves, hacen lo que quieren y muchas veces ganan, pero los otros tienen que quedar bien con la gente y hacerse los héroes, ¿y pa' qué?" Yo nomás lo escuchaba, sin decir nada. Así era el viejo; por eso, cuando lo veía venir desde la esquina con la camisa desfajada, la cabeza hacia abajo y sin la corbata, daba por hecho que en ese momento mi padre era de los rudos y que presenciaríamos sus embates como un montón de ovejas arrinconadas contra la pared. Ⓟ

Del libro *Héroes y leyendas* (Public Pervert, 2015).

Marcelino Champo. Es narrador y artista escénico. Ha colaborado en revistas como *Paso de gato*, *El bistek* y *Penumbria*. Ha sido becario del Foesca en la categoría Jóvenes Creadores en 2001 y del Programa de Estímulos a la Creación y al Desarrollo Artístico (PECDA) en 2015. Ha publicado *Cuentos para matar corderos* (Public Pervert, 2014) y *Héroes y leyendas* (Public Pervert, 2015).

Rutina

Cynthia Paola de los Santos
TONALÁ, 1984

Recostada sobre la cama posó su mirada en el travesaño de madera de la casa donde rentaba. Sintió el olor de la basura que los perros removían en la esquina de Iturbide y Zaragoza, muy cerca de la terminal de autobuses que hacía pocos días la vio llegar de la Ciudad de México. Se había cansado de vivir, de la apariencia de hombres mediocres jugando a ser humanos, de las mujeres de cara pintada y corazón podrido, de las vanidades de los adolescentes y de las tenderas sin coca cola; del café expreso sin aroma y la monotonía de hacer el amor antes de dormir y al abrir los ojos por la mañana.

Los días tenían el color de las miradas juzgando cada centímetro de su cuerpo pálido, corroído por el calor que expiraba tantos sueños putrefactos. "Significaría más vivir en Comala que en esta casa carcomida por el tiempo" pensó. Se echó la sábana encima, apagó la radio y con otro control remoto apagó la televisión. Hubiera hecho lo mismo con la computadora, pero ésta no hacía ruido. Odiaba el protocolo del himno nacional llamando a la guerra, "maldita guerra sin armas", se dijo. "Preferible amanecer escuchando un poema de Baudelaire", y se puso a soñar que subía una escalera, no como la de Córtazar, sino la misma que le aventaba San Pedro antes de entrar a una casa grande, y tomar una copa de clericó en compañía de una mujer que le agradaba, Magdalena su nombre.

Respiró hondo. La misma idea de siempre: colgarse del travesaño de madera que sostiene el tejado de la casa que ahora renta. Morirse un rato y luego revivir para seguir muriendo. Horas más tarde escucha al teléfono la voz de una mujer: "Prima, creo que necesitas ir a ver un psicólogo, te va a ayudar." "¿Un psicólogo?", le asustó la idea. Un psicólogo la haría ser una mujer de traje sastre en algún ayuntamiento municipal, o profesora universitaria, tal vez, haría citas textuales de los investigadores becarios del Sistema y hasta se enamoraría de un burócrata, les haría creer a las madres feligresas que son los mejores modelos de mujer, y hasta encontraría belleza en los libros de pasta dura que edita la Iglesia. La idea de un psicólogo la asusta, le atormenta, dejaría de ser ella y entonces sí cabría la posibilidad de colgarse del travesaño más fuerte. "No, prefiero seguir en la monotonía y cuando me canse de habitar entre estos hombres, sacar a tirar la basura."

Por eso cada mañana ingiere tragos de café agrio, galletas importadas, y respira los recuerdos del aroma del turulete. No puede comerlo porque la abuela ya se murió y

Inédito.

Cynthia Paola de los Santos. Fue becaria del Fonca en 2007. Asistió a los talleres de Rafael Ramírez Heredia y José Martínez Torres en la ciudad de Tuxtla Gutiérrez, y de Marco Aurelio Carballo en Tapachula. Actualmente es profesora en la Universidad Intercultural del Estado de Tabasco.

no hay quien muela el maíz, mientras la madre, joven aún, recita un salmo en alguna capilla.

El paquete de cigarros en la mesa de noche le recordó a una mujer que conoció años atrás en la Ciudad de México. Estela su nombre. Había llegado de Bolivia con la intención de estudiar medicina.

Una tarde-noche, la mujer boliviana se había sentado en un café. Frente a ella un grupo de predicadores le pidió un poco de su tiempo. Estela les inventó una historia de putitas y gitanas. Les habló de su vida en las calles venezolanas, de su inquietud por salvar a la madre enferma y de la muerte de ésta poco después de dejarla sin nada, embargada en deudas y pendencias espirituales. Les habló de la necesidad de Dios y con un poco de su enfermedad fingió muy bien su depresión y su llanto.

Una de las mujeres predicadoras leyó capítulos completos de la Biblia. Estela secó el agua de sus ojos y antes de terminar de leer el libro de Ruth dijo que quería pertenecer a la Iglesia. Por eso le mandan, mes con mes, una mensualidad para estudiar medicina en aquella ciudad, por eso Estela tiene para comprar cigarrillos, tomar café frente a un Walmart, pasear por el metro Balderas, comer sopes en el Desierto de los Leones y de vez en cuando visitar Bellas Artes, hasta depositar una moneda y cooperar con los cilindreros.

Pero a Estela no le importa la mujer con la que comparte su cuarto, no le importa ella que ahora sigue viendo el trozo de madera sosteniendo el techo de la casa, ella, que a ratos tuvo ganas de meterse en el camión de la basura, de tirarse en los basureros de la unidad habitacional y esperar que un pordiosero se vuelva su amigo para soñar ambos que suben una escalera; donde mujeres catedráticas de la UNAM hacen ejercicios bajo la ventana que la habita a ella, a ella que las mira, seis pisos arriba, y les avienta el humo de su boca.

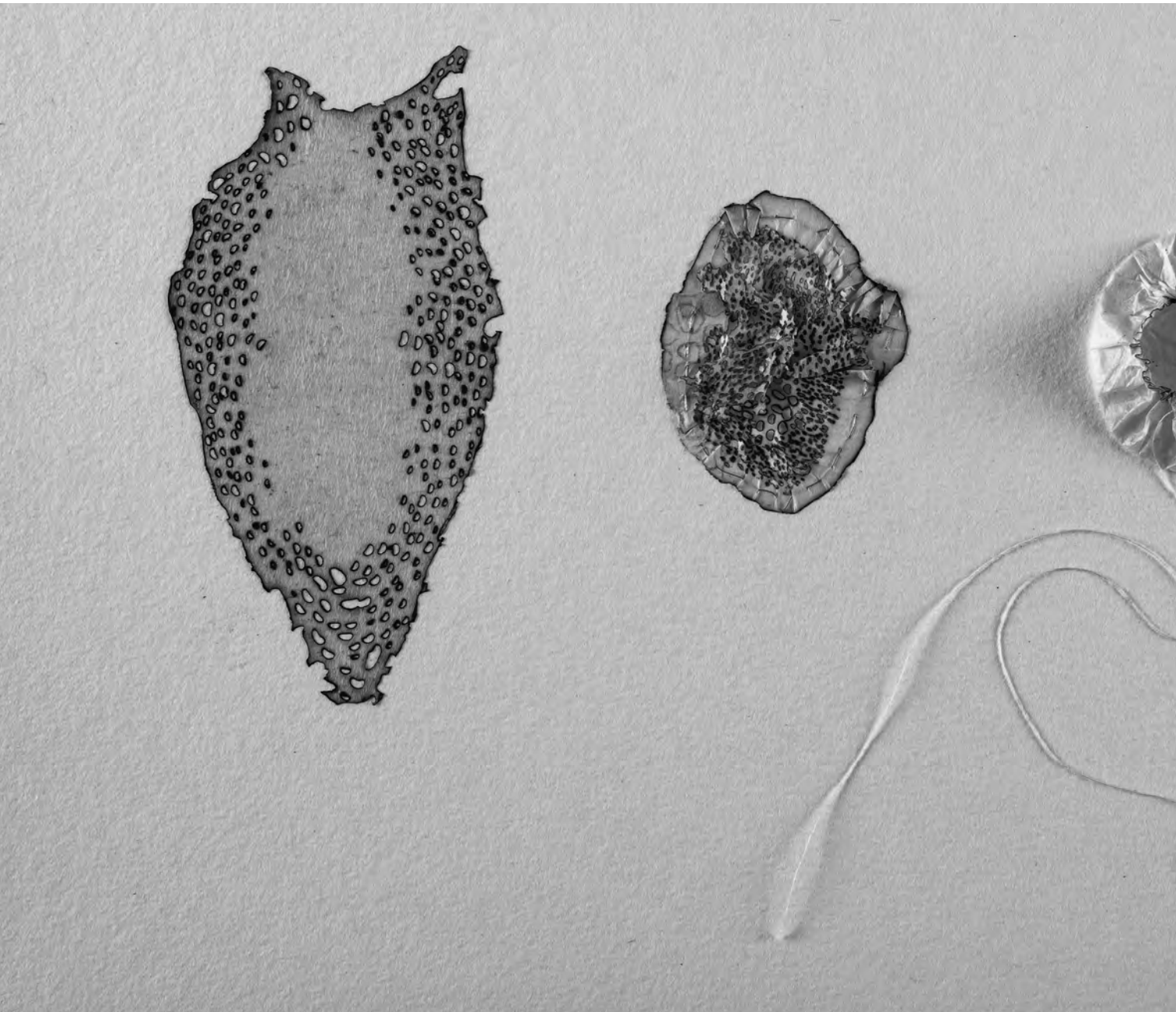
Por eso se queda en la cama. Afuera una guerra se prepara. A los otros poco les importa la vida de ella que intenta escribir, de poco o nada sirve que recite una oración y que escuche a los niños poco antes de que se corten las venas, por eso se da la vuelta, prende el televisor con música de Bob Marley y se pone a soñar.

Llegó a Tonalá porque quiso soñar con él pensando que las mujeres bolivianas se quedan en Bolivia, que la basura sólo se encuentra en la Ciudad de México y que los burócratas son de otro país. Abrazó el recuerdo de aquel hombre con la única intención

de abrazar la ingenuidad porque sabía que en los pueblos aún obedecen las leyes del corazón y las ideologías políticas de los hombres de bien.

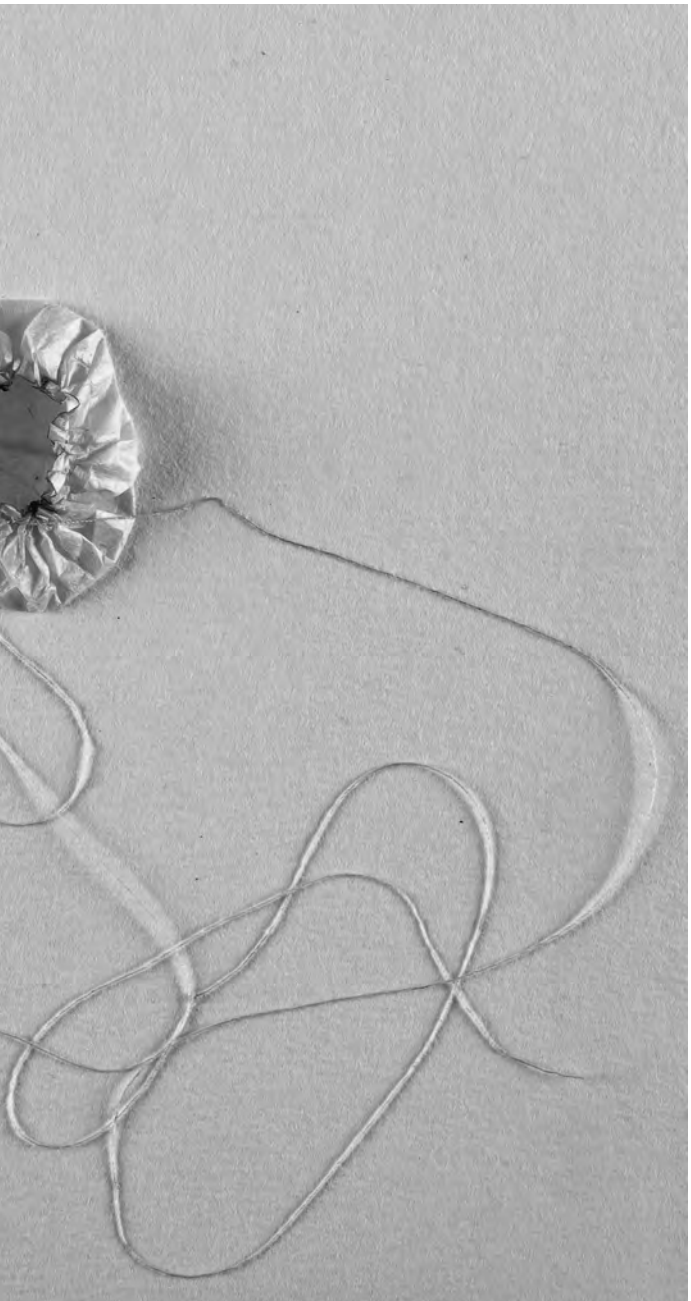
Sin embargo, más de una vez había comprobado que eso no era cierto. Más de una noche un par de cuervos le escarbaban los sentimientos cándidos que la caracterizaban. Y antes de que en su pensamiento pasara la idea de matarlos a todos de una u otra forma, fue mejor levantarse y colgarse del travesaño, sin decir palabras; y caminó en una peregrinación acompañada del aullido de los perros que llevan al mar. Ⓟ

Dinora Palma, de la serie *Buscando-me, pieles interiores*, dibujo con pirograbado/papel, 21 × 28 cm, 2015



Dos cuentos

Miguel Martínez Jiménez
Pichucalco, 1984



El aleteo de los años

En el patio de su casa había un palo de mango. Hasta su sombra arrimó la mecedora de metal para descansar un rato.

Comenzó a sentarse doblando las rodillas.

La espalda curva como la vida misma.

Apoyó los brazos a la mecedora.

Una mano buscó algo en su camisa.

Encendió su cigarrito.

Así, fumando, contemplaba el suelo sin pasto.

Desde la cocina le llegaba el esperado trajín del mediodía: cacerolas, vasos, platos, tenedores. Una música de metal y porcelana con agua de grifo.

Se acomodó el sombrero. Se limpió el sudor de la cara con la palma.

La camisa abierta mostraba el sudor de su cuello arrugado y su pecho de perlas transparentes.

Mientras él se mecía, un hálito fresco movió las hojas y el sombrero.

Manuel sonrió.

Sintió crujir los años encima, como ramos de flores secas.

Entonces, trabajosamente, se levantó de la mecedora.

Cogió el sombrero a dos manos, miró hacia la cocina, y dijo,

—Adiós vida, te quedas sola.

Y así, sin más, cayó muerto, como un mango maduro.

Y los años del mundo se fueron volando como moscas espantadas.

Del libro *Agua de mango* (Editorial Alabastro, 2012).

Miguel Martínez Jiménez. Es licenciado en Psicología y doctor en Estudios Humanísticos. Es autor del libro de cuentos *Agua de mango* (Editorial Alabastro, 2012). En 2010 obtuvo el XXXIX Premio Latinoamericano de Cuento Edmundo Valadés.

La novela de las nueve

Ofelia no se pierde la novela de las nueve. En ella, María Cecilia se ha enamorado perdidamente de Luis Armando, el hijo de su patrón inválido. Ofelia piensa que Luis Armando es muy guapo, pero también bastante tonto y superficial porque no ve que más allá de la belleza de María Cecilia están su humildad y su buen corazón, justo lo que un hombre como él necesita para ser feliz. Ofelia sabe que lo mejor que le podría pasar a Luis Armando es enamorarse de María Cecilia y le da mucho coraje que él no se dé cuenta. Así que todas las noches, a las nueve, Ofelia se instala en la sala a esperar si esta vez, ahora sí, sucede el milagrito y Luis Armando la invita a cenar a un buen restaurante, o se la lleva al cine o a tomar una copa. Al cine no, reconsidera Ofelia, porque en el cine no se puede platicar, y es conversando como él se dará cuenta de la pureza de corazón de María Cecilia, y así se enamorará de ella. Además, es muy buena muchacha y está claro que se lo merece.

Esta noche, Ofelia está sentada en el sillón acompañada de su gato y de un sándwich de cajeta. Aunque sabe que nadie la llama, ha descolgado el teléfono y apagado el celular para no ser interrumpida. Siempre ha sido una mujer de precauciones.

Esta noche, Luis Armando descubre que María Cecilia es voluntaria en un asilo de ancianos los domingos. Llega con los viejitos y se pone a jugar lotería, les pone música, platica con ellos. Les lleva un poco de alegría, ¡y los domingos! ¡Su día de descanso! Luis Armando no entiende por qué la sirvientita de la casa tiene esos gestos con unos cuantos ancianos olvidados. Al preguntarle, María Cecilia se pone colorada colorada. Luis Armando se ofrece a acompañarla este domingo. Es la oportunidad perfecta para que empiece a tejerse la historia de amor. "Vaya", piensa Ofelia; "ya era hora".

En eso se va la luz. Ofelia no sabe cómo reaccionar. Es la primera vez en más de un año que sucede algo como esto. Hace memoria. "¿Pagué la luz?" Sabe que la respuesta es sí. Siempre paga todos los servicios a tiempo. Llena de incertidumbre, se acerca a la televisión e intenta encenderla. Quizá en un intento, de chiripa la luz vuelva.

"¿Será algún apagón?" Ofelia corre a la ventana para ver si el resto de las casas tiene luz. En su camino se golpea los dedos del pie descalzo con uno de los muebles, y maldice. Se da cuenta de que la luz se fue por lo menos en toda la calle. Ofelia reza un padrenuestro para que regrese antes de que se acabe la novela. Da vueltas en su sala. Se golpea la frente con la mano abierta, como siempre hace cuando se culpa por algo. "Sabía que tenía que cambiarme de casa, pero aquí sigo. Ándale, síguele de coda. Si vivieras más arriba esto no te pasaría. Pinche colonia jodida." Ofelia piensa en voz alta porque sabe que nadie la escucha, como en las novelas. "¿En qué irá ahorita?", se truena los dedos. "De seguro Luis Armando la va a ir a dejar a su casa y ella le presentará a su mamá. Tal vez lo inviten a cenar. Ojalá eso pase… ¿Y si se besan?"

Ofelia piensa a dónde podría ir para ver, aunque sea, el final del capítulo. Tal vez si fuera con su tía Conchita. Ve su reloj y faltan veinte minutos para que se termine. "En lo que me cambio y manejo hasta allá, no

Dinora Palma, de la serie *El dibujo sin ti. Grecia y la infancia*, dibujo/papel, 21 × 14.5 cm, 2011

alcanzo a llegar." Decide mejor sentarse otra vez enfrente de la tele. Tal vez Diosito se apiade de ella y le regale una sorpresa. Tal vez si cierra los ojos, lo desea con el corazón y visualiza cómo la televisión se enciende, entonces pase. Hay que decretarlo.

"Quizá la luz vuelva y alcance a ver un pedacito", dice en voz alta y no puede contener las lágrimas. Llora de coraje. Hace un berrinche como cuando era chiquita. Avienta lo que queda del sándwich al piso, se pone un cojín en la boca y grita. El gato la observa aburrido desde su sillón y lentamente se levanta y se acerca al pedazo de sándwich. Lo huele, lo lame y se va fastidiado a la cocina. El gato de Ofelia detesta la cajeta.

El reloj ha dado las diez quince. La oportunidad pasó y es claro que la novela por hoy ya se ha acabado. Derrotada, Ofelia se va a acostar a la hora de siempre. En este momento, las pocas lágrimas que le quedan ya no son de coraje. En su intento por descifrarlas, se queda dormida.

*

El despertador no sonó porque la luz regresó muy tarde. Ofelia había olvidado también encender su celular. No le dio tiempo de bañarse, y como sea, llegó corriendo y con retraso a su trabajo. Como todo el mundo está en el atareo de siempre, nadie hace el menor comentario a su llegada.

Ofelia se instala ahora en su lugar, enciende la computadora y comienza a ordenar unos papeles. Se acuerda de que hace un mes bloquearon el internet en la oficina, y lamenta no poder buscar algo sobre su novela. Es hora de que Luis Armando se enamore de María Cecilia. La novela lleva ya tres meses y eso todavía no pasa. No podría perdonarse el haberse perdido el momento exacto. La primera mirada que lo dice todo. El primer beso y la canción de fondo.

Las horas pasan y Ofelia no se puede quitar el gusanito de la panza. A su lado está sentada Chelo, tecleando velozmente algún reporte de su jefe, con sus dedos adornados con uñas color lila, perfectas. Ofelia deja de teclear lo suyo y se le queda viendo, como pensando cuidadosamente la pregunta.

Chelo siente que la observan. Estira los dedos sobre el teclado, descansando, y voltea a ver a Ofelia con cara de extrañeza. "¿Qué tanto me ves, mugrosa?" es lo que piensa, pero sonríe y hace otra pregunta:

—¿Pasa algo, Ofelia? Traes una cara…

Ofelia le piensa para preguntar. Sin embargo, cree que Chelo podría haber visto algo. De todas formas, ya la tiene enfrente y no sabe qué inventar. Se traga el orgullo y le avienta su intención de forma franca.

—No, no pasa nada. Te iba a preguntar… No sé si de casualidad veas la novela de las nueve— le dice Ofelia, mirándole las uñas.

—Ay, guácala. *¿Un amor de otra clase*? Hace mucho que ya no veo novelas, Ofe. Todas son iguales. Si quieres saber en qué termina, te lo digo: al final los dos se casan. La tele nacional es puro mugrero. Por eso, yo sólo veo las series gringas.

Ofelia regresa su sonrisa más falsa, sin mostrar los dientes. Las dos mujeres vuelven a sus respectivas pantallas. Algo en la conversación se ha roto, y ésta termina tal como había empezado. Ofelia finge que no le importa nada, pero siente que un limón entero se le atora en la tripa. Hay mucho trabajo y ni modo de salir corriendo.

Tratando de controlar su enfado, Ofelia aprieta los labios y las yemas de sus dedos caen sobre las teclas, llenos de rabia. Lloraría, pero sus ojos están muy cansados desde anoche. Los pensamientos se le atoran entre tecla y tecla.

"Pendeja la Chelo", piensa Ofelia.

"Cuando vamos a solas en el carro. Cuando nos desmaquillamos ante el espejo del baño. Cuando tecleamos estas cartas, siempre ajenas. Todo el mundo. Los jefes y nosotras. Todos queremos que nos quiera un Luis Armando." Ⓟ

Fabricio Molina, *Identificación personal*, gráfica digital, 2015

Las cuatro bestias del ahora

Mario Alberto Bautista

MAZATÁN, 1984

un monstruo ideológico cuyos pies
aplastan a los hombres reales
Slavoj Žižek

y cuatro bestias enormes, diferentes
unas de otras, subían del mar
Daniel 7:3

El primero se llama Das K, una bestia voraz, una bestia ubicua. Está en todos lados. Bajo nuestra cama. Custodia nuestros sueños. En el agotado consumo de nuestras horas: ahí está. En el hambre. En las minas, donde se le conoce como Coltán o Estaño. En los teléfonos celulares. En las cajas registradoras de los "asociados". En las neocadenas de montaje. En los obreros. En los suicidas (sólo pueden verlo quienes, desesperados, se lanzan de las inmaculadas fábricas. "Das K —dicen en su caída—. Das K —dicen—, al fin puedo ver tus ojos oscuros, al fin puedo sentir el lacerante beso de tu carne contra la mía"). En el olor de lo nuevo está. Nos hace desear aquello que no necesitamos. En el pálido reflejo que enfrentamos todos los días: ahí está; en las superficies pulidas, en las plateadas superficies pulidas, ahí está; en cada espejo está. Es increíblemente flexible. Es laborioso y tenaz y mentiroso. Te hace esclavo de ti mismo, tu propio explotador, el explotador de tu alma, el monstruo de ti. No se puede escapar de su furia. No se puede huir de su forma sin forma, del peso terrible de su nombre.

El segundo se llama The Press. Fue descrito en los albores del siglo XX por Karl Kraus, cazador de monstruos. Amo de la calumnia, sus malos nombres son el Banal y el Efímero. También: el Complaciente. Antiguo mensajero de la monstruosa manada, se volvió él mismo el mensaje. Se volvió el falaz acontecimiento. Bifronte aberración, una de sus caras es idiota, mas la otra es maledicente y astuta, y ambas viven de nombrarse, pues de otra forma dejarían de existir. "Yo soy The Press. Yo soy The Press —repite con sus amarillas lenguas de loro—, y existo. Yo soy The Press, y existo."

A aquél le sigue la bestia de Silencio, que no habla nunca de sí ni de sus hermanos. Hipnotiza a los cazadores, los obliga a mirar para otro lado, distrae su atención, compra sus almas, soborna sus propósitos, les concede fastuosas mansiones repletas

Inédito.

Mario Alberto Bautista. Estudió literatura en la Universidad Autónoma de Chiapas. Obtuvo el Primer Premio en la categoría de Cuento Breve en el Concurso 37 de la revista *Punto de partida*.

de vacío, y cuando se le resisten los persigue, los acosa, los calumnia, los encierra (es una bestia cobarde). Los desaparece, los sepulta, los tortura. Los aniquila. Los anula con sus letales rayos.

Y de las aguas surge finalmente la aberración de Futuro, que engaña a sus enemigos con la ilusión de lo falso, de lo por venir, y les impide ver los horrores del aquí, los desastres del ahora. El cazador inglés Terry Eagleton: "El objetivo no es soñar con un futuro ideal, sino resolver las contradicciones del presente que impiden que ese futuro se haga realidad. Solucionado ese escollo, ya no será necesaria la gente como nosotros."

Éstos son los cuatro monstruos del presente. Éstas son las cuatro bestias del ahora. Ⓟ

Astrid Breiter, de la serie *Sinfonía caótica*, *Ectoplasma sideral*, técnica mixta/papel de algodón, 35 × 50 cm, 2015

El sueño lúcido

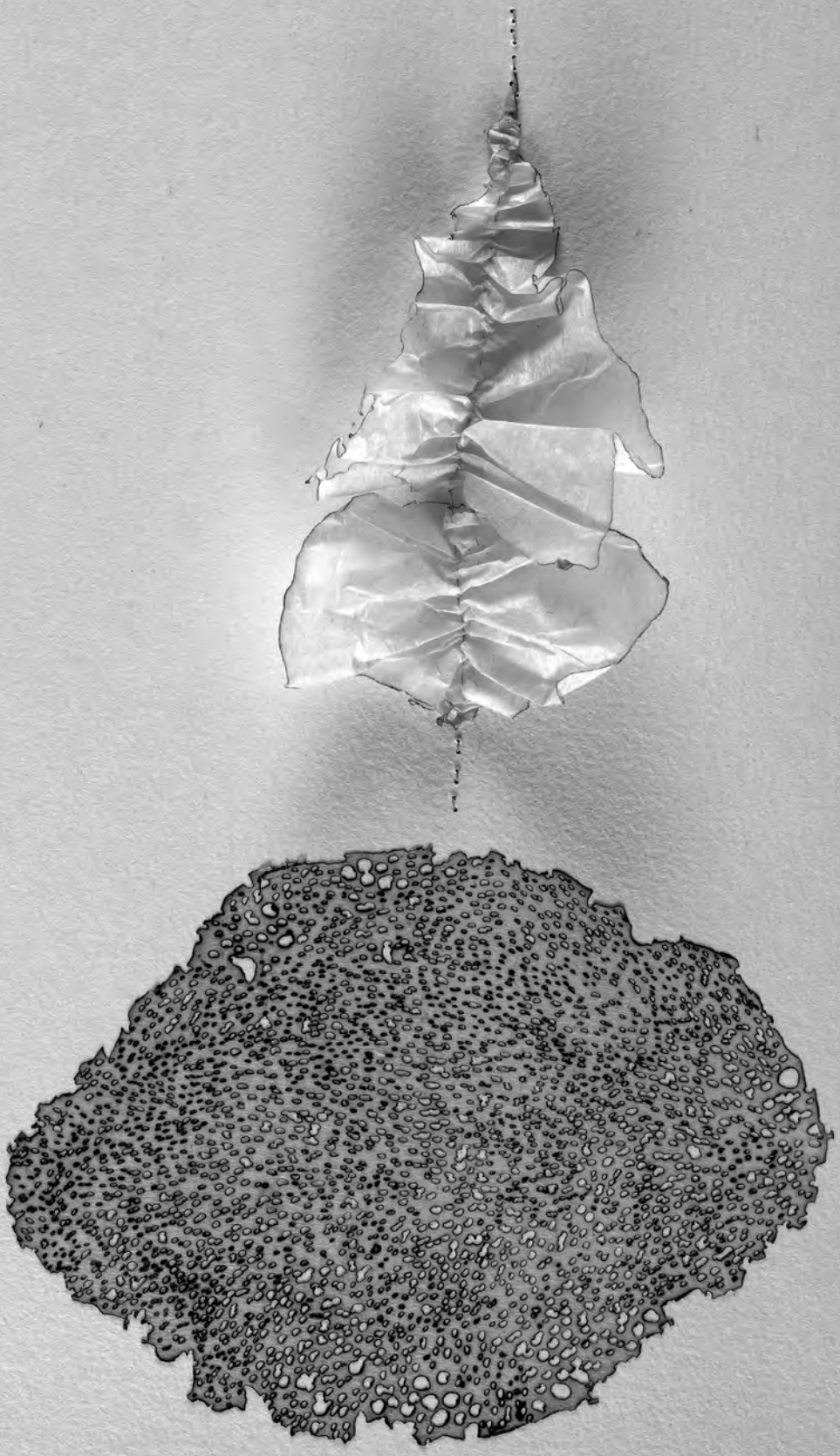
Marco Antonio Morova
TONALÁ, 1985

Le habría encantado evocar —en ese cubo de concreto ubicado en el tiempo y espacio de su mente, donde un jovencísimo Roger Caillois daba una cátedra sobre los sueños— un lugar menos simple y más alucinante. Si él hubiera podido escoger racionalmente los elementos de su sueño, habría sentado un pavorreal —uno de dimensiones humanoides, que con todo el contorno de un pavorreal, tuviera por otro lado la forma de una mujer— en el asiento en el que un desaforado Salvador Dalí se alborotaba los cabellos ante los demasiado sistemáticos argumentos del maestro. Quizá en lugar de *La muerte y la doncella* él hubiera utilizado, cómo música de fondo, una canción de los Rolling. Y en lugar de las mamparas color metal, las múltiples pantallas de plasma incrustadas en la pared, y esa molesta computadora injertada en su brazo izquierdo, que más que comunicarlo, no hacía más que provocarle cierto escozor y la sensación de ser un androide, un sistema puramente maquinal que lo alejaba de ese conglomerado de humanidad congregado en esa aula por un mero capricho de su mente, él habría dado todo por algo más elemental, mar, piso de arena, caparazones de tortuga Galápagos a modo de asientos, cuerno de caza colgado en la esquina derecha de la pared frontal. "Vaya mierda de sueño que tienes", le dijo un fastidiado Hemingway sentado a su lado. "Con decirte que hubiera preferido a Platón en vez de ti", le contestó. Pero de pronto, todo esto ya no importó, porque ahora venía la mujer —justo cuando Caillois comenzaba a hablar sobre los sueños lúcidos, y con un dedo rugiente le señalaba, sé que tú estás soñando, sé que tú y yo y todos ellos existimos porque nos sueñas y nos controlas a tu antojo, o eso crees hacer—, esa mujer que por tanto tiempo retuvo en lo más profundo de su memoria, para soñarla y evocarla, para hacerla suya siempre, para tenerla cuando quisiera porque ya vivía ahí, en algún punto neurálgico de su subconsciente. "¿Es como lo soñaste?", preguntó ella sin voltearlo a ver. Él se quedó callado unos segundos, esos segundos en los que el médico psiquiatra ejecutó la primera descarga de electrochoques, y apenas, al entreabrir los ojos, pudo ver algo de esa ¿fantasía? ¿Realidad? "No", la miró al fin y la tomó de la mano, "es por mucho, mucho mejor". Ⓟ

Inédito.

Marco Antonio Morova. Es licenciado en Educación Secundaria, con especialidad en Matemáticas, por la Escuela Normal Superior de Chiapas. Escribe poesía, cuento y novela. Su trabajo poético está incluido en diversas antologías y volúmenes colectivos. Ha publicado cuentos y ensayos breves en diarios locales. Fue becario del PECDA en 2015 en el área de novela. Actualmente forma parte del Grupo Cultural Ocosingo A. C. y es profesor de Telesecundaria en una comunidad tzeltal de la región Selva del estado.

p. 45: Dinora Palma, de la serie *Buscando-me, pieles interiores*, dibujo con pirograbado/papel, 21 × 28 cm, 2015



Ta K'atinbak / Al K'atinbak

Mikel Ruiz
CHAMULA, 1985

Lik ta stem ti Iknasyo Ts'unune, tstsak smachite xchi'uk spek': "Chibat ta kuch si'", xut sme' k'alal yil tey kejel ta lumtik, xvulvun stuk ta yeloval sleb sk'ok'. Mu'yuk xa'i k'usi chal ti skereme. Vatsvats stsatsal sjol chlok' ta sna ti Iknasyoe; chi'nbil yu'un xk'uxul sikil li tok tsts'anansba ta ba te'tike, tsk'-ejsba ochel ta yolon ts'i'laltik. Jal xanav ochel, tey paj ta yok jpets muk'ta tulan, lek to nat jutuk sk'eloj batel ti be buy ch-ech' jxanviletike. *Li' ta jmalae, li' unox ch-ech' ta jlikele*, tsnop k'alal tsvutsan sba yalel ta spat li tulane. Ja' to cha'i oy buch'u tey nopol chk'opoj, laj stoymuyel jutuk sjol, tsk'an tsk'el ya'i buy stuk'il xchi'uk buch'u yajval ti eil xvulvune. Laj slev jutuk ti vomoltike: ja' to chil ja' ti Petul Ton tey va'al xchi'uk skumpare Xalike. *Me laj xch'aksbaike chbat jta ta be li Petule*, xi ta yo'nton. Nakastal xa chvechi, chmich' lek yok ti smachite. K'un-k'un chanav batel.

Ignacio Ts'unun se levanta del camastro, descuelga el machete y su mecapal: "Voy a traer leña", le dice a su madre al verla hincada en el suelo de tierra, hablando sola frente a las llamas del fogón. Ella no se da cuenta del aviso de su hijo. Ignacio sale del jacal con el cabello alborotado; acompañado por el frío intenso de la neblina que se posa en la copa de los árboles, entra en el bosque. Después de caminar largo rato, se detiene al pie de un roble, a cinco metros de la única vereda. *Lo esperaré aquí, no tardará en pasar*, piensa y se agazapa. Escucha que alguien habla, alza la cabeza para ubicar de dónde proviene aquella voz y de quién se trata. Con las manos abre un poco los arbustos: es Pedro Ton, quien se encuentra con su compadre Salvador. *Hasta que se despidan alcanzaré a Pedro en el camino*, piensa. Se levanta despacio, aprieta fuertemente el mango de su machete. Avanza sigiloso.

Lek oy, chi-ani choti jlikeluk. Chkani cholbot ava'i, yu'un chibat no'ox: ta sk'ak'alil uno'ox taje tey to laj nup ta yut ts'i'laltik me jkumpare Petule, syak tstsob vach'te' sk'atin.

"¡K'u me avelan!", xkut.

K'alal ya'i laj jk'opone xk'achilan xa sjol. Mu'yuk xkuxet yo'nton laj kil. Yanaltak yee oy k'usi chalya'ik ti mu xka'itik svokolike: chnikanan, oy xi'el yiluk me ta satake, xko'laj jkot te'tikal chij pa'ibil cha'i yilel. Xjoyet uno'ox sjol ta sk'elel me oy buch'u tey xtal. "¿Me lekot

Está bien, me sentaré un rato. Te lo contaré así nomás, tengo prisa: ese día encontré a mi compadre Pedro entre el bosque recogiendo ramas secas.

"¡Cómo le va!", le dije.

Alzó la cabeza cuando escuchó mi saludo. Se veía intranquilo. Había algo extraño en sus labios que no entendía: temblaban, su mirada mostraba miedo, alerta como un venado señalado por un rifle. Volteaba la cabeza a todos lados. "¿Qué te pasa?", le pregunté. No me respondió. Fue entonces que me despedí para ir a ver

Del libro *Ch'ayemal nich'nabiletik / Los hijos errantes* (Coneculta Chiapas-CELALI, 2014).

Mikel Ruiz. Es licenciado en Lengua y Literatura Hispanoamericana por la Universidad Autónoma de Chiapas y maestro en Literatura Hispanoamericana Contemporánea por la Universidad Austral de Chile. Es autor del libro *Ch'ayemal nich'nabiletil / Los hijos errantes* (Coneculta Chiapas-CELALI, 2014). Fue beneficiario del Programa de Becas de Posgrado para Indígenas (PROBEPI, CIESAS/Conacyt 2013-2015) y de la beca de Jóvenes Creadores del Fonca 2010-2011.

me?", xkut. Mu'yuk stak'bun. Jech tey laj komtsan, li-och to batel ta yut ts'i'laltik ta sk'elel jchob ek. Liyal no'ox batel ta anil, sob no'ox chisut ox ka'i. Ti jchi'ile tsmalaun ta jna. ¿Me ta jna' me oy k'usi chk'ot ta pasel? Jech, taje naka to jun yual yech'el.

Mu'yuk xka'i k'u yen ech' ti k'ak'ale, xitamlaj xa lok'eltal xchi'uk jchep jsi' ta jpat, xchajchun xa chyaltal ti vits'vits' vo'e. Naka xa jech mechuk chimuy ta vitstik, ja' to chkil tey chepel si' xchi'uk spek'ul ta xokon be. Lixuxubaj to me oy van buch'u stak'bun, mu'yuk buch'u xbak'.

"Ak'o me oy bu lot'ol tstsa'an ti yajvale, yanuk li vo'ote xapipinaj to", xkutjba jtuk. Te jech te k'unk'un licha'muy batel ta sbelal jna.

Ti jchi'ile lok' sk'elun ta amak' k'alal ya'i la jkolta yalel jsi' ta lumtike. "A pe asi' le'e to jyox to, mu xtun me le'e", xiyutun, "k'e yepal le'e me yu'un xlok' o jk' atintik ok'om avaloj, va' xk'uxul ti sik un to. Ana'oj me lek ti mu'yuk cha-abtej jujun rominkoe. Mi mo'oje naka me abtel tspas ach'ulel ta k'atinbak me lalaje. Ok'ome mu me jna'tik me lek k'epel tsakub. Ja' lek me laj akuxe batan to kuchotal jchepuk".

Bak'intike ta jta ta nopel ti tsk'an tspasun ya'i ta mantal me kajnile.

K'uxubem xa jbikiltak yu'un vi'nal. Sujomun xa laj kuch' k'un yaman pajal mats'. Laj yak' be smuil jkot bak ich bakubtasbil ta semet. "Chisutal ta jlikel", xkut li kajnil k'alal jelbunoj xa ti jpek'e.

Muxa ja'uk stak' tek'el ti bee, k'unk'un xa lixanav yalel. Xvulvun xa ko'nton me mu xlok'tal ti Xpak'inte'e. ¿Me xach'un ti tey no'ox laj jcha'ta ti si' xtoke? "¿Buch'u van laj skomtsan ti si'e?", xi k'opoj ti ko'ntone. Och jk'el ta mi cosecha. Me apuré a bajar, quería regresar temprano. En casa me esperaba mi mujer. ¿Pero cómo iba a saberlo? Hoy cumple un mes que pasó eso.

El día transcurría sin dejar huella mientras que con mi tercio de leña sobre la espalda salía del bosque, la llovizna caía suave y fina. Justo al subir la pendiente, noté a un lado de la vereda una carga de leña. Chiflé para ver si alguien me contestaba, pero nadie lo hizo.

"Debe estar cagando detrás de los arbustos y tú molestando", me dije. Sin detenerme mucho tiempo subí lento a casa.

Mi mujer salió a recibirme cuando escuchó el ruido de mi carga al dejarla caer al suelo. "La leña que traes está muy húmeda, no servirá", dijo, "con este frío no nos alcanzará para mañana. Acuérdate que no trabajas los domingos. Si lo hicieras, tu *ch'ulel* trabajaría todo el tiempo en el *K'atinbak* cuando mueras. Y quién sabe si mañana amanezca limpio y alegre como los otros días. Cuando hayas descansado, ve por otro tanto."

A veces pienso que mi mujer manda mucho.

El hambre ya me mordía las tripas. Bebí pozol agrio batido en agua tibia. Un chile asado en el comal le dio más sabor. "No tardo", le dije a mi mujer y salí otra vez con mi mecapal al hombro.

Bajé lento por la pendiente, el camino se había vuelto resbaloso. En mi corazón temí encontrarme a la *Xpak'inte'*. ¿Y puedes creer que la leña seguía en el mismo sitio? "¿Quién la habría dejado?", me preguntaba. Me asomé entre los arbustos por si el dueño estuviera por ahí descansando; si estaba cagando ya era mucho tiempo. No había nadie. Comencé a sentir miedo. Pensé avisar a las autoridades.

Astrid Breiter, de la serie *Sinfonía caótica*, *2 noches sin vida*, técnica mixta/papel de algodón, 35 × 50 cm, 2015

yut vomoltik me tey oy xach'al chkux yo'nton ti yajvale; me tsa'nel no'ox tspase jalij xa. Mu'yuk buch'u jta ta ilel. Ja' no'ox k'usi ka'ibe xi' elal ta anil. La jnop ti ja' lek bat kalbe j-abteletike.

¿Me xvul to ta ajol ti mol Ajintoe? Ja' lee, "loktor" chalbik skoj ti sna' spitsel stanal ketike. Xmaklajet chk'opoj, ja' ti kapvots' ta kaxlan k'op chlo'ilaj tskuysbae, oy xa mu xka'itik k'usi chal. Ja' bat jsa' yo' xkalbe ti k'usi laj jkile. Me jmakbe van laj snup ta be, me ja' van ti Xpak'inte' lo'laat yu'une, chalik ti mol me'eletike ja' la jun ants chlok'tal slo'laan jyakubeletik ti ta vits teye, ja' to k'alal me lek pech'el ti toke. Me ja' ti Xpak'inte'e sk'an la jmats'antik machita ta be, buy ech'em ti yoke.

Ti Ajintoe mu xi xch'unbun. Yalojla me jeche' ta jut. "Mu'yuk buy tal jutk'op tana Ii'e, ti si' chkalbote na'tik xa k'u sjalil tey chepel, yu'un xchi'bal xa velta kok ta xanvil, bat jk'eltik avile, oy k'usi chopol tey, yiloj stuk li jtotik ch'ul San Jvane", xkut, tey lik jbis jsat ta stojolal yo' xi xch'unbun.

Ja' to k'alal yu'un och ta sjol ta yo'nton ti jlo'ile, ti

¿Te acuerdas del agente del paraje? Sí, a ese que le decían "loctor" porque era dentista. Con su forma torpe de hablar mezclaba el tsotsil con el castellano, no se le comprendía. Fui a buscarlo para darle cuenta de lo que encontré. El dueño de aquella carga pudo accidentarse o ser engañado por la *Xpak'inte'* que, según mis padres, es una mujer que aparece en esa montaña si alguien va ebrio, sobre todo cuando la niebla aprieta entre los árboles. Pero si fuera ella todos sabemos que se le domina sembrando un machete en la tierra, sobre sus huellas.

El agente no me hacía caso. Pensaba que yo inventaba. "No te estoy mintiendo, tiene buen rato que esa carga está ahí, es la segunda vez que paso por ahí, vamos a verla, algo malo sucedió, por San Juan que no es mentira", terminé persignándome delante de él como señal de juramento.

Hasta que la curiosidad le ganó el corazón y la mente, comenzó a preocuparse. El agente sacó su "tocadisco" y su bocina para dar el aviso. Me quedé con él para esperar alguna respuesta.

Ajintoe la slok'es "stokalisko" xchi'uk svosinail ta toyol yo' stij lok'eltal ti jchi'laktike. Tey vechel likom ta smalael me oy buch'u sna'ojbe smelolal.

Mu xanav lek cha'i ti Iknasyo Ts'unune, li xchukurantik k'obk'obtak yanal makome mu x-ak'bat sta ta be ti Petul Tone. Tsnit lok'el smachit yo' tsjam o batel ti sbee, sna'oj ti mu stak' xjalije. *Petule ma'uk pok' chikin, xa'-iun, yu'un chich' o tana. Tal xa chajchaj vo', ja' lek me but'ule*, tsnop ti Iknasyoe.

Nopaj xa ta snutsbol, tsyales spek' ta snekeb, k'unk'-un tsjitun k'alal yil paj ta be ti Petul Ton Tsepente'e. Vul xch'ulel, xko'laj me oy buch'u nabaltal ta spat cha'i. Nopol xa ta ti' te'tik oy, tsk'ejsba ta xokon be. Naka to no'ox tsjoybin sjol k'alal xcheplujtalel t'oxbil si' ta spat snuk'.

Lek to ox jlikel yech'el k'alal xch'etch'un xa k'otel li jme' kumale Xpaxku' ta Chapanobbaile. Ch'ayel to k'ot jch'ulelkutik k'alal kilkutik xt'elt'un ta xi'el ta sts'el xcha'vo'al yalabtake. "¿An buy iktabil avilik ti ikatsile?", laj sjak'. "Taj to ta olone", xkut. Xvulvun uno'ox likel, xbelajet lok'eltal ya'leltak sbek'sat. "¡Kajvaltikuk xa sna'oj me mu ja'ukik ti jchi'ile! Sob no'ox slok'el ta sa' si' pe mu'yuk vulem o. Va' xa staylej ti k'ak'al un Tot, Kajval, mu'yuk sutem o talel, ¡k'usi xa un ti vokol snuptanoj chkale!", xi uno'ox.

Me oy van buch'u mu xojtikin ti Petul Tone. Oy jun alak'sba stseb, k'u xa no'ox chal ti uma' lok'e. Lik jtsobjbakutik ta sa'el xchi'uk ti j-abteletike, ak'o me syak xa tslamansba ta jol vitsetik ti yik'ubel osile. Yantik jchi'il-

Ignacio Ts'unun camina con dificultad, las enredadas ramas de zarza le impiden alcanzar a Pedro Ton. Desenfunda su machete para abrirse paso, sabe que no cuenta con suficiente tiempo. *Pedro me puede escuchar, hoy debe acabar todo. Va a lloviznar pero eso no importa, ya nada me detendrá*, piensa.

Se acerca a su presa, baja el mecapal del hombro, lo desata poco a poco, mientras a unos pasos Pedro Ton Tsepente' se detiene. Sospecha que alguien lo sigue. A punto de salir del bosque se aparta de la vereda. Antes de voltear la cabeza para ver quién es, un golpe en la nuca lo tira al suelo.

No habían transcurrido ni diez minutos cuando mi comadre Pascuala llegó corriendo a la Agencia Municipal. Nos sorprendió verla exaltada, acompañada de sus dos hijos. "¿Que dónde vieron la carga de leña?", preguntó. "Hasta allá abajo", respondí. Comenzaron a salírsele de la boca muchas palabras, sus lágrimas escurrían por sus mejillas. "¡Dios quiera que no sea mi marido! Salió temprano pero no ha llegado. Dios Padre, no ha regresado, ¡no sabemos qué le habrá pasado!", repetía.

Quién no conoce a Pedro Ton. Tiene una hija muy hermosa, lástima que sea muda. Nos organizamos para ir a buscarlo, a pesar de que la noche comenzaba a tenderse sobre los cerros. Algunos llevaron grandes ocotes; otros, afocadores. Para mi desgracia, ¿puedes creer que la leña ya no estaba ahí? Todos se voltearon hacia mí. "Sólo nos engañaste, ¡mentiroso!", gritó un pasado alférez. Más adelante el mismo agente encontró un sombrero. Nadie habló cuando Pascuala Tsepente' aseguró

takutike stsanoj batel stsajal tojik; yane sjokoik. ¿Me xach'un ti ch'abal xa tey jtakutik ti si'e? Te lik sk'elbikuntal jsat ti jchi'iltake. "Jeche' chajut k'op, ¡jlo'lavanej!", lik sjajantaun jun Pasaro Alperes. Jchikin xa no'ox xka'i. Tey xbabat jutuke ti Ajintoe te pochol pixolal sta. Muxa buch'u xk'opoj me k'alal yojtikinbe xpixol smalal ti Xpaxku' Tsepente'e. "Sk'an jch'akjbatik, ¡yu'un ta jsa'tik ta komon!", xi ta anil ti Ajintoe. Solel ta smak jsatkutik li tok ta yutil xa te'tike. Xi-avlajet ta jsa'jbakutik. Xit'elajetkutik likel yu'un sikil xt'uxulal ti yanal te'tike. Xko'laj xa yelan chisibtasunkutik ti Ojovetik tey ta yut te'tike.

X-ech' jutuk ta jtobunkutik xchi'uk ti Xpaxku' Tsepente' buy xi somlajetkutike. Oy yatel ko'ntonkutik jujuntal. Ko'ntonuk xa ka'ikutik jtakutik ti jkumparee, ja' no'ox syak chpimub ti sikil ak'obale, ochxa xi'elal ta ko'ntonkutik. Li jme' kumalee tsk'an ti xi-och jsa'kutik ta yolon tojtik, ts'i'laltik, ta pat tonetike. Lubemunkutik xa ta sa'el. Ma'uk jutbil ne'. Suklajet ti jvarachkutik ta sk'a'emal yanal te'tike. Mu'yuk k'usi xkilkutik. Julikel xipajkutik ta xchapel me ts'akalunkutik to. Chk'ux xa jbakilkutik ya'el me sike. Oy yantike slapoj snukul votaik, yan me vu'une ja' no'ox ti jvarache; ti jchujk'u'e yantik x-alub ta ts'ujul buy ch-ech' sts'uts' ta yanal te'tik.Mu' bu xbak' ti jkumparee.

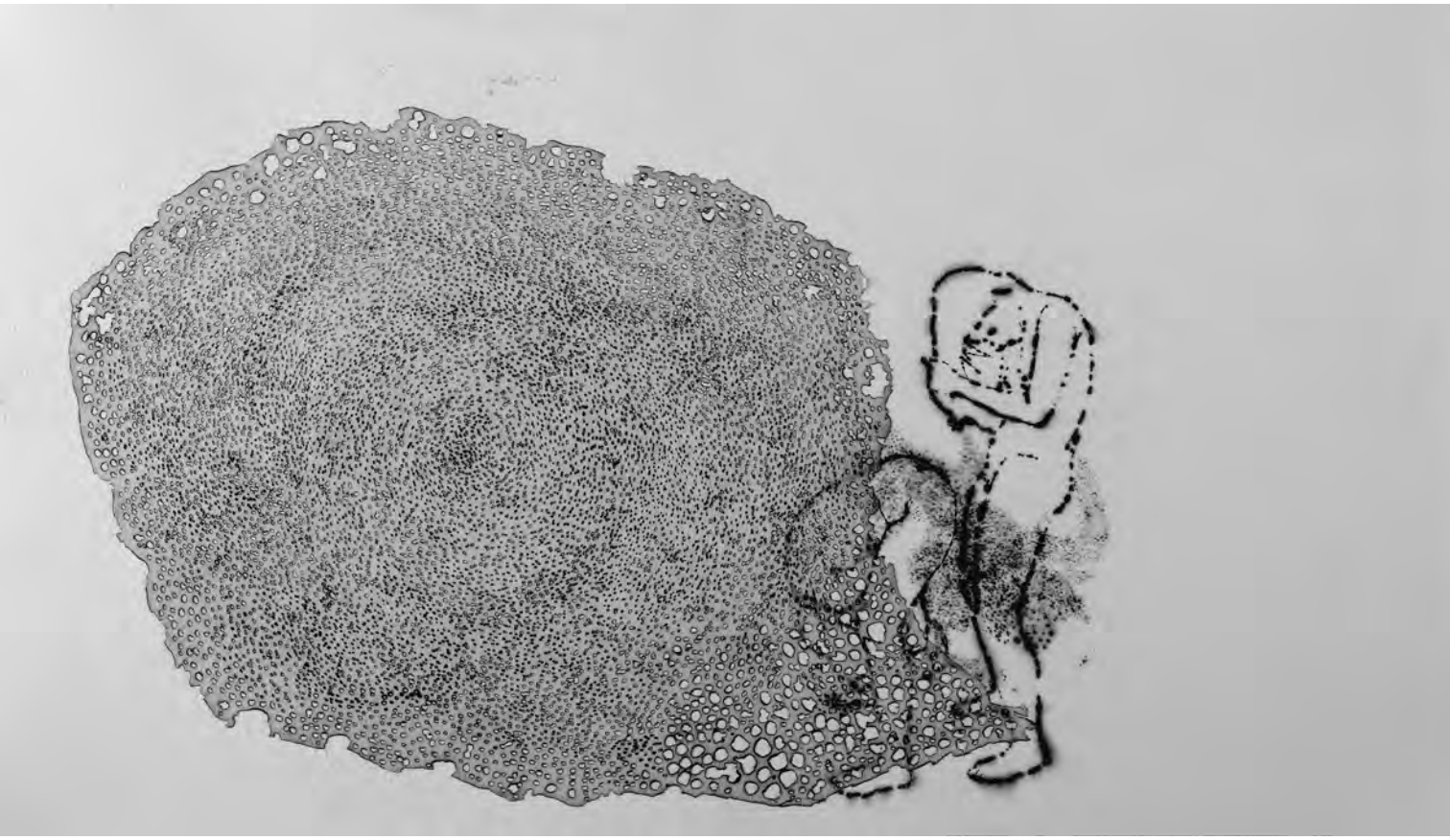
Ti ak'obale laj xa ox yu' ninun jkotolkutik k'alal laj kiktakutik ti sa'vaneje, ti tsajal ni' tojetike tubanuk xa. Mu'yuk xa smelolal me tey to xikomkutike, ka'ikutik xa ti lubemal ta jch'ich' elkutike: ak'o me tey xitsobet jtekelkutik, ta bats'i melele jeche'unkutik xa, xchanul ak'obalunkutik xa no'ox. Jech tey lisut ta jnakutik, chak' xa ti vayele. Ak'o me x-ok'olet tsk'an to ta jsa'kutik xchi'il ti jme' jkumalee, mu'yuk xa buch'u xak'be xch'unobil.

que era de Pedro. "Tenemos que separarnos, ¡vamos a buscarlo!", propuso el agente. Entre los árboles la neblina nos cegaba la vista. Nos ubicábamos a gritos. Nuestras pisadas sobre las húmedas hojas nos hacían temblar de frío. Parecía que los *ojovetik* salían de la montaña a vigilarnos.

Íbamos más de veinte personas con Pascuala Tsepente'. Cada uno de nosotros tenía preguntas. Queríamos encontrar a mi compadre pero la noche oscura y fría crecía, teníamos miedo. Mi comadre pedía que buscáramos a su marido entre los pinos, los arbustos, detrás de las piedras, por todos lados. Lo intentamos. Eso ni quien lo dude. Nuestros huaraches se hundían en las hojas y ramas podridas. Nada descubrimos. Nos deteníamos a cada rato para contarnos si seguíamos completos. El frío nos mordía hasta los huesos. Algunos calzaban botas de hule, yo sólo mis huaraches; mi *chuj* pesaba cada vez más por las gotas de agua que absorbía de los arbustos. Mi compadre no aparecía.

La oscuridad se había adueñado completamente de nosotros cuando suspendimos la búsqueda, los ocotes se habían apagado. Era imposible continuar, sentíamos la impotencia en nuestra sangre: aunque estábamos todos, en realidad no éramos nada, parecíamos criaturas en la oscuridad. Regresamos a nuestras casas para dormir. A pesar de que mi comadre lloraba de desesperación, nadie quiso seguir buscando.

Ignacio Ts'unun lleva a Pedro por el bosque, lo jala del cuello como una res para degollarla. "¡Camina!, no me compliques más el trabajo", grita, "te gané, Pedro, ¿me



Dinora Palma, de la serie *Buscando-me, pieles interiores*, dibujo con pirograbado/papel, 21 × 28 cm, 2015

Iknasyo Ts'unune xcha'jochoj ochel ta te'tik li Petule, k'uchal jkot vakax chbat yich' milel. "¡Xanavan!, mu xatsatsubtasbun ti kabtele", tsjajanta, "laj pasot ta kanal, Petul, ¿me xava'i?, me vinaj xt'enet xch'ut ti X-elene mu'yuk me chkik' me anopoj ox chasujune. Yan ti me chamilun ox avaloje vu'un xa kuchku'un".

Petul Ton Tsepente'e yo'ntonuk xa ya'i tslok'es ti xoka'il snuk'e. Mu albaj yipal chti'e yu'un ti ch'ojone, ti tek'el chich' julikele chk'unibtasbat yip ta spojelsba. "¿K'usi xa uno'ox ti jmul ta atojolale, Ch'ul tot? K'ux ti jvokol va' buy xjochet ti kajvale. ¿Bak'ne laj sokesbe sjol yo'nton ti avalab anich'nabe?", x-ok'olet ti yo'ntone. Mu ja'uk xkoltaat, k'alal vul to jutuk xch'ulele sta ta ilel ti kereme ja' ti laj yil ta sts'el skoral ech' xcha'–bal xemuna.

escuchas?, Elena no será mi mujer si pensabas juntarme con ella cuando se note embarazada. Y si pensabas matarme, yo te gané."

Pedro Ton Tsepente' anhela liberarse de la soga. No soporta las cortaduras en su cuello, las patadas que a cada rato le aminoran las fuerzas para salvarse. "¿Cuál es mi culpa ante ti, Padre mío? Cuán doloroso es mi sufrimiento por el que me traigan arrastrando hasta acá. ¿Cuándo ofendí a tus hijos para merecer esto?", lamenta su corazón. Pero no lo suelta, después de recobrar el conocimiento reconoce al mismo joven que encontró cerca de su corral hacía dos semanas.

"¡Por favor!, no quiero que me quites el alma, aún no he deseado la muerte, en casa me esperan mi mujer y mis hijos", suplica dentro de sí. Si fuera otro tiempo

Astrid Breiter, de la serie *Sinfonía caótica*, *Canto de sirena (buscando equilibrio)*, técnica mixta/papel de algodón, 35 × 50 cm, 2015

"¡Avokoluk!, mu jk'an li' xalok'esbun ti jch'ulele, mu to jk'an xicham, tey tsmalaikun ti jchi'il xchi'uk jnich'nab ta jnae", xvulvun ta yut yo'nton xch'ulel. Ja'uk to jech pasbatuk vo'ne k'alal lek to'ox chk'opoje, lek chchapanik ti mulil xchi'uk Iknasyo jechuke, ma'uk ta majel ta milel, lek xvechet chich' ik' k'u yepal sk'an ti yo'ntone, ma'uk ta xi'elal k'uchal lavie. Oyuk to k'usi xut yo' xk'uxubinaj sjol yo'nton ti Iknasyoe, x-albat k'usi ja' skoj ti xjochet yajval ta te'tik k'uchal ts'i'e. Jbel xal ti yaj milvaneje, mu ja'uk x-uninaj sjol yo'nton, lek xa jlikel bajbat ta ts'ijlejal li xchinab ta pujel ta tek'ele, xko'laj me cha'-och ta muk'ta xab k'uchal slajebal ep laj yuch' pox ta skeremal to'oxe. Skiloj ochel ta yutil sukulal te'tik; ta jujetel ti yoke cha'i k'u yelan cha-lub sbek'tal takopal ti Petul ta vomolaltike, xko'laj me tspojik ya'ik komel. "Ak'o me mu xak'opoj ta uno'ox xich' na'el ti vu'un laj tsak atsebe", xi ti Iknasyo k'unaj xa chanave.

usaría su voz potente para reclamar, platicar con Ignacio y resolver el problema, pero no con golpes que le impiden incorporarse, respirar libremente el aire entre el bosque, sin angustiarse. Cuánto desea que Ignacio se apiade de él y le explique por qué lo trata como a un animal. Pero no oye respuesta de su verdugo; hace unos minutos que el silencio le ha cercado la mente con varias patadas en la cabeza, ese profundo vacío que sintió desde la última vez que bebió tanto aguardiente. Ignacio lo arrastra hasta lo más tupido de los árboles; a cada paso el cuerpo de Pedro Ton aumenta de peso entre los arbustos que parecieran defenderlo, apropiárselo. "Por más que no dijeras nada, tarde o temprano se va a saber que violé a tu hija", dice Ignacio mientras avanza lento.

"¡Xalik, Xalik!", laj jstijun ti jchi'ile. Sakubel xa rominko. Mu'yuk to'ox likemun k'alal xvulajetik xa talel ta sts'el jna ti j-abteletik chcha'-ik'vanik xa ta sa'vanej xtoke. Xbitbun xa ko'nton lilik ta anil. Li lok' ta amak', tey kil pech'el xchi'uk sikil ti tok ta osilaltike. Ta amak'e syak chjuxbik ye xmachiteik li jchi'iltake.

Ta ak'obaltike mu'yuk lek xivay. Ti k'usi xvik'vun o jsat yu'une ja' ta snopel buy bat ti jchep si'e. Oy buch'u ech' xkuch, chana' me yilunkutik buy xi-avlajet xisomlajetkutik, "¿buy xa uno'ox van laj yich'ik batel?", xichi to jubatel. Chana' me tslabanunkutik no'ox ya'i. Me tey van xi' me jtakutik o xchi'uk.

"¡Salvador, Salvador!", mi mujer me despertó. Amanecía domingo. Aún no me había levantado cuando las autoridades ya estaban llamando para continuar la búsqueda. Me levanté espantado. Afuera, la neblina seguía densa y fría. En el patio muchos hombres afilaban sus machetes.

No dormí bien. Me desvelé pensando en dónde se quedó la leña. Alguien la pasó a traer, a lo mejor nos estuvo viendo o escuchando, pero "¿a dónde se la habría llevado?", me seguía preguntando. Quizá quería burlarse de nosotros. O temía que lo encontráramos.

Chpajesat xa yu'un slubemal. Ti Iknasyoe bat spuch'an ta yok jpets tulan ti Petule. Muxa xanav jset'uk, ch-avan to ya'i. Naka no'ox i'etel xchi'uk ts'u'etel cha'i ti Iknasyoe. Cht'olbat xa snukulil yu'un ti xoka'ile, balbat xa ta ch'ich' ti snuk'e. Tsk'anto tsjitun ya'i, oyuk to k'u xut stsatsubtas yip yo' skoltasbae, ja'uk to xlaj ti k'uxi ora sta ti sk'ak'alile, le'ni jmoj to tek'el ta xch'ut k'unibtasat. "¿Avil un?, li'e ma'uk jech ak'anoj, pe jo'ot no'ox atuk lavilun. Sk'aneluk xa o lanopaj k'otel ta koral chij buy laj ku'nin ti atsebe; sk'aneluk xa jech lavak' aba ta ilel", k'unk'un tsk'opon k'alal tstsinbe ti xoka'il snuk'e. Petule xtek'tun to yakan, ch-ik'ub xa stekel cha'i. Muxa sts'ik xk'uxul sjunul sbek'tal stakopal.Chbot'k'ijanuk xa lok'el cha'i ti sbek'tak sate; chnoj ta vo' ta ik' xchi'uk lajelal ti xchinabe; yo'ntone jutuk xa xyakyun, natik natik xa chich' ik'.

Iknasyoe chchap xoka'. Tsjip muyel ta stoyol k'ob tulan, ti xch'ojone mu sta o ti k'uyelan snopoj ox ta xchukbe sbek'tale. Tschechbe to jmoj tek'el ta xch'ut,

El cansancio lo obliga a detenerse. Ignacio arroja a Pedro al pie de un roble. Pedro Ton ya no camina, quiere gritar. Ignacio únicamente escucha balbuceos y gemidos. La soga se apodera de su piel, comienza a bañarlo de sangre. Intenta quitársela, hace un gran esfuerzo para liberarse, morir cuando él esté preparado, mas una patada en el estómago lo doblega. "¿Ya ves?, tú no merecías esto, pero fuiste el único que me vio. En mala hora te acercaste al corral de borregos donde agarré a tu hija; por algo llegaste", le habla suave conforme le aprieta más la soga. Pedro patalea, todo se le oscurece. El dolor le invade el cuerpo. Siente que sus ojos se le salen de las órbitas; su cerebro como si se le llenara de agua, aire y muerte; su corazón late lento, cada vez más pausado.

Ignacio enrolla la soga. La avienta hasta el alto brazo del roble, la soga le queda corta para amarrarle el cuerpo como él se imaginaba. Le propina otra patada en el abdomen hasta dejarlo inmóvil. Con pasos agigantados, Ignacio regresa del bosque usando el mismo camino que

muxa xbak' kom yu'un. Natik xa yok chanav lok'el ta te'tik ti Iknasyoe, ja' uno'ox tey stambe sbelil buy laj sjam xchi'uk xmachit k'alal lik spa'ie. K'alal jutuk xa ox sk'an xk'ot buy chepel skomtsanoj ti si'e, ja' to ya'i oy buch'u tey xpiet, xko'laj me buch'u tsa'van. K'alal yil ti mu'yuk buch'u tey xtale, k'unk'un nopajbatel ta xchechel ti si'e, mu'yuk xa sjitun.

Licha'nopajkutik ech'el ta ti' tetik. Ta vo'vo' laj jch' akjbakutik. Yantike ta yolon be batik, yantike ochik ta yak'ol. Lijalijkutik xa jun ora xtok, mu'yuk k'usi ta'bil o. Mu'yuk buch'u sta yav okiletik ta chanel batel. Ja' to vul ta jol buy la jsa' ta yak'obalil samele. Xko'laj me tey xa no'ox nopol oyunkutik ya'luk. "K'usi ta jsa'tik teye, tey xa me lij-ayotik volje chkile", laj yalbun ti Jilberto, xnich'on mol Ajintoe. Mu'yuk buy xkich'be ta muk' ya'yej, te nakastal laj snabpatiikun batel ti yantike.

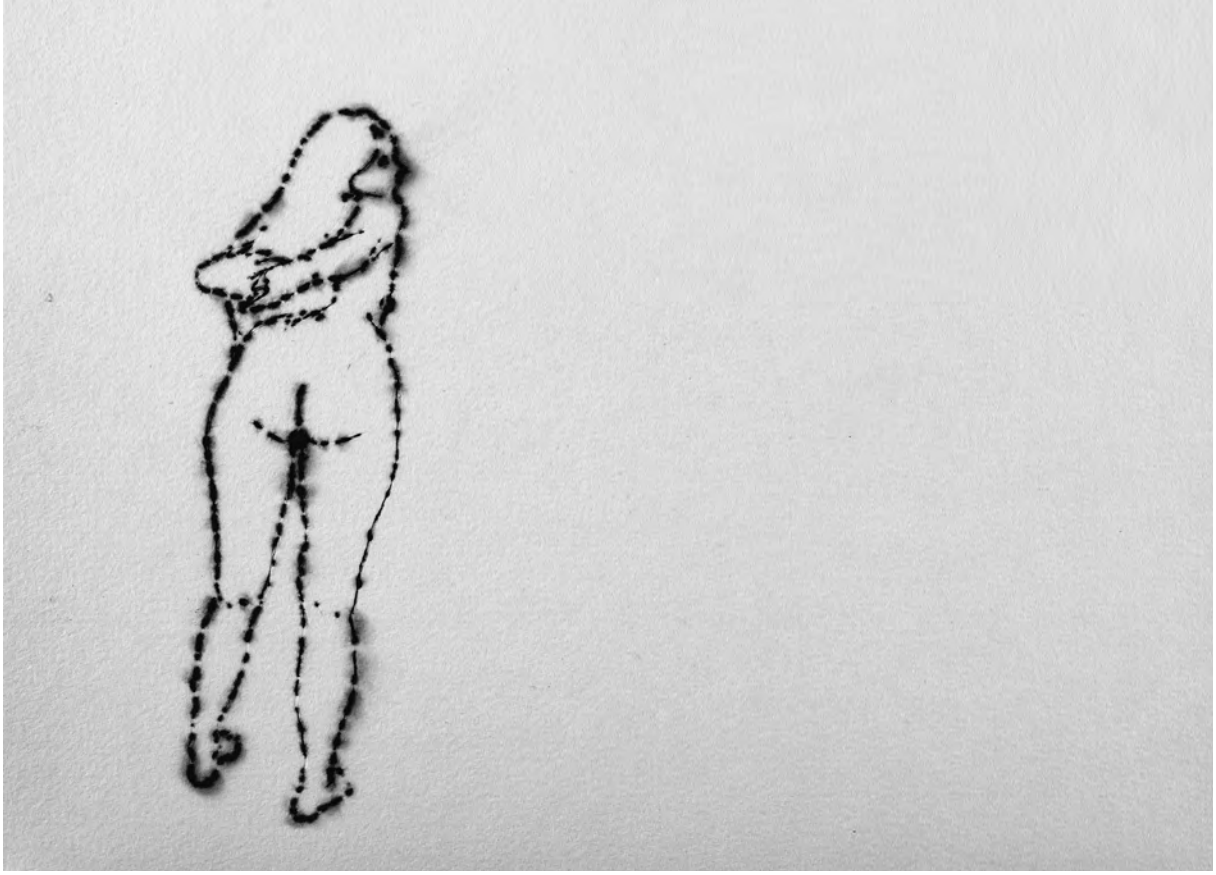
Nat to lixanavkutik ochel ta xcha'sa'el. Licha'sutkutik yalel ti buy syakel chimuykutik oxe. Ja' to chka' ikutik xi'eltik xa laj yik'unkutik batel skerem mol Ajinto ta yok jpets muk'ta tulan, nopol xa ti buy laj kiktakutik sa'el ta samelale. Ja' tey busanbil li si' ta yok muk'ta tulane, mukbil ta lumtik xchi'uk jlik balomch'ich' kotonil. Xipilajet xi-avlajetkutik xa ta yik'el batel ti yantik jchi'iltakutik yo' xilik ti k'usi tey laj jtakutike.

K'alal sutalel li Iknasyoe ti vinike tey anxi chexel ta banumil laj sta, te' tsinan xa. Lik xcha' t'un muyel li sk'ob tulane, yan xa o k'ot ta sat, pek'el no'ox xchi'uk hizo unas horas antes con su machete cuando comenzaba a espiarlo. Antes de llegar adonde había quedado el fajo de leña, escucha que alguien chifla como buscando algo. Al percatarse de que nadie viene, se acerca con cuidado a jalar la leña sin desatarla.

Llegamos otra vez a la entrada del bosque. Nos separamos por grupos de cinco. Unos se fueron debajo de la única vereda, otros hacia arriba. Tardamos más de una hora y nada. Nadie encontró rastros que llevaran a algún lugar. Pero se me ocurrió buscar en el mismo sitio de la noche anterior. Presentía que estaba cerca. "Ya lo buscamos por ahí", me recordó Gilberto, el hijo del agente. No le hice caso, los demás me siguieron.

Caminamos largo rato para descubrirlo. En vez de seguir subiendo, bajamos la pendiente. Hasta que el hijo del agente nos llamó lleno de miedo cerca de un roble, a unos metros de donde regresamos la noche anterior. La leña estaba ahí tirada, cubierta de tierra junto a una camisa ensangrentada. En seguida mis compañeros comenzaron a gritar y chiflar a los demás para que fueran a ver lo que habíamos hallado.

A su regreso Ignacio encuentra a Pedro tendido en el suelo, inmóvil. Al observar de nuevo el roble, ubica una rama más baja y gruesa. Desata el mecapal de la leña y la anuda con la soga. Después la avienta hasta lo alto, donde ajustó de modo perfecto. Alza lentamente el cuerpo de Pedro Ton. Al tenerlo suspendido, lo empuja para escuchar si todavía solloza o mueve alguna parte de su



Dinora Palma, de la serie *Buscando-me, pieles interiores*, dibujo con pirograbado/papel, 21 × 28 cm, 2015

xjelav to st'omlej. Tsjitunbe spek'ul ti si'e, lik sts'ak xchi'uk ti yak'il xoka'e. K'un to lik sten muyel k'alal to ta sk'ob li tulane, lek sta o k'ot. K'unk'un lik snit muyel yo' tsts'uyanbe sbek'tal stakopal li Petul Tone. K'alal jok'ol xa yu'une tsvu'ilan tsk'el yil me oy to buy chbak' jutebuk: mu'yuk k'usi jbel xbak'. Naka to jech mechuk tstsuts yu'un k'alal ya'i xpilajet x-avlajetik talel viniketik. Chak'be yipal ta sjambel skoton; ta sjayal ye xmachite chtuch'ilanbe snukulil ti Petule, ja' to ti k'uxi lok'xch'ich'el yu'une. "Jech le'e tsnopik me epik ti buch'utik la sjok' anoxuke. Ok'ome nom xa ox bu oyun, ¿ali jme'e? Chkalbe ti tal jsa'otkutike", tsk'opon to. Tstoy ti kotonil buy laj slosane, tsmuk o komel ti si' ta banumile. Tsmala xch'ani ti yavanel jsa'vanejetik yo' snabansba batel ta spatike. Ti Petule te jipil tskomtsan ta yik'ubelal osil.

Melel xkal, muxa xvul ta jol k'uxi ora slajeb laj kiljbatik. Chavil ta parajee xkojtikinjbatik jtekeltik. Yan vo'ote mu'yuk xka'i k'usi k'ak'al lalok'talel. Ah, jech ne', mu'yuk xa buy nat jsa'kutik ochel. Buy laj jtakutik ti si'e cuerpo: no obtiene ninguna respuesta. Termina, escucha murmullos. Se apura a desabotonarle la camisa; con la punta bien afilada de su machete comienza a rayarle la piel para hacer que sangre. "Así pensarán que fueron varios quienes te colgaron. Mañana estaré en otro lugar, ¿y mi madre? Le diré que vinimos a buscarte", le sigue hablando. Recoge la camisa y con ella cubre la leña. Ignacio espera que el bullicio desaparezca para ir detrás de ellos. Deja a Pedro suspendido en la oscuridad.

De veras, ya no me acuerdo cuándo fue la última vez que te vi. Ya ves que allá en el paraje nos conocemos todos. Pero no supe cuándo saliste. Ah, sí, no tuvimos que buscarlo más. Cuando vimos la leña levantamos la mirada y Pedro Ton estaba ahí colgado con las manos, los testículos y los pies atados. En eso se había empleado el mecapal. Lo hubieras visto. Sin camisa, sin pantalón y sin vida. Desnudo no se parecía realmente a Pedro: la espalda, los brazos, los muslos desangrados por las ralladuras. A todos los que lo vimos nos dio coraje.

naka xa no'ox laj jtoy muyel jsatkutik, Petul Tone tey jok'ol chukbil snuk', sk'ob, sbek'tak yat xchi'uk yakan. Ja' tey yich' tunesel ti spek'ul si'e. Aviluk toe. Mu'yuk skoton, mu'yuk xvex, mu'yuk xa xch'ulel. Ma'uk xa yilel me Petul Ton k'alal t'ananbile: spat, snekeb xchi'uk yo'take tuch'kurantik uno'ox. Xkapet me jolkutik buch'utik laj kilkutike. Ti bek'talil lok'em xa xch'ulele xjoylajet yajval ta yaxal jovetik. Lik xanavuk ta jch'ich'el ti k'ak'alsike, lik spuksba ta kakantak k'alal ta jol. Po'ot xa ox o'lol k'ak'al un bi.

Jme' kumale xchi'uk yalabe muxa sna' k'usi tspasik. Xpaxku'e tsme'la ok'ta li smalale. Jalal nich'on Manvel xchi'uk X-elen eke chlaj-ok'ik ta jek.

A li Petule laj stakik batel ta K'atinbak, ja' la tey chbat ti jch'uleltik stoj ta abtel sbatlej osil ti jmultik laj pastik komel ta sba banumile, teye muxa la xu' xpojvan ti Kajvaltik me yu'un jech li jbatotike. Yanuk ti Petule mu jna'tik k'usi smulinoj batel yu'unik.

Ti j-abteletike laj yalik ti xu' xa syalesike. "¿K'u xa uno'ox chal le'ni, Kajval? ¿Me skojvan ti chasa' vach'il si' li' ta yolon te'tik laj smiloxuke, li' ta ts'i'laltik yajval ti jkuxlejaltike, ti jch'ich'eltike? ¿K'uxa un chal ti jech labate, buch'u xa uno'ox ti jech laj spasbote?", x-ok'olet ti Xpaxku' Tsepente' kejel ta yichon sbek'tal smalal k'alal yal ku'unkutike. Xkach'kun ti ye ch-avan ya'ie, mu buch'u chchikinta. Ja' xa no'ox te batem jsatkutik ta sk'elel k'u to yelan tuch'em ta ch'ojon snuk' ti Petule. Laj stakik ta yich'el jlik pop yo' xich' kuchel o batel ta sna.

Mu buch'u sna' buch'utik ti milvanike. K'alal och ta mukinal ku'unkutike mu'yuk jitunbekutik ti yoke. Jech chukul ta xch'ajanul bat ku'unkutik ti yakane, ta ts'akale xu' la me xalsba stuk ti jmilvaneje. Yu'un ti buch'u milvane jech la chukul cha'i ti yok eke.

Jech ta melel, jkumparee sts'ijet no'ox, mu bak'ne stoysba. Vo'ne yich' k'okbel yok' yu'un ti yajnil skoj syakubelale, taje yan o smelolal xtok. Ava'ixa k'u yelan laj jtakutik ti Petule. Li' xa no'ox oyot ta Jobel un cha'a, ¿K'uvanchal ti muxa xak'an xbat ak'el ti ame'e? Chal stuke lajemot xa la. Ⓟ

Moscas verdes comenzaban a revolotear alrededor del cuerpo sin *ch'ulel*. El escalofrío me recorría la sangre, los pies y la cabeza. Era casi mediodía.

Mi comadre y sus hijos no sabían qué hacer. Pascuala se lamentaba por la muerte de su marido. Mi ahijado Manuel y su hermana Elena se ahogaban en llanto.

A Pedro lo habían pasado al *K'atinbak*, dicen que ahí es donde nuestras almas van a pagar con trabajo eterno nuestras culpas terrenales, donde Dios ya no ayuda a los que murieron mal encaminados. Pero a Pedro lo habían enviado quién sabe con qué culpa.

Las autoridades dieron la orden para bajarlo. "¿Por qué así, Señor? ¿Te habrán matado por levantar ramas tiradas en este bosque, en estos árboles dueños de nuestras almas, de nuestra sangre? ¿Cuál fue el motivo, quién te lo habrá hecho?", balbuceaba Pascuala Tsepente', hincada frente al cuerpo de su marido recién descolgado. Abría la boca como queriendo gritar, pero nadie la escuchaba. Todos mirábamos el cuello de Pedro quemado por la soga. Mandaron traer unos petates para llevarlo a su casa.

No supimos quién o quiénes habían sido los asesinos. No le desatamos la cuerda al sepultarlo. Lo mandamos con ella porque así llegaremos a saber quién lo mató. El asesino se sentirá siempre con los pies atados.

En serio, mi compadre era humilde y respetuoso. Hace mucho que su mujer le cortó la lengua por borracho, pero eso ya no importa. Ahora ya sabes cómo encontramos a Pedro. Tú, aquí en Jobel, ¿por qué dices que ya no quieres visitar a tu madre? Ella dice que estás muerto. Ⓟ

Fabricio Molina, *Propuesta para mal augurio*, gráfica digital, 2015

Dos cuentos

Jorge Zúñiga
Tuxtla Gutiérrez, 1988

El interruptor

Llenó ambas tazas y luego colocó la jarra sobre una pequeña base metálica. Raúl había dejado el folleto en la mesa al oírla salir de la cocina y la miraba atentamente. Ella se sentó a su lado sin devolverle la sonrisa.

—Y bueno —dijo ella, alzando un poco los hombros—, se me salió sin pensar. Ya sabes que a veces digo lo primero que me viene a la cabeza.

—Entiendo. ¿Qué dijo ella?

—Nada, eso es lo que me preocupa. ¿Dos, verdad?

Raúl asintió. Después dijo:

—Entonces tal vez todo el asunto no le importe mucho.

—Ya no sé.

—No es algo tan grave, ¿no te parece? —continuó Raúl.

—Es que no es eso.

—No le importa, ya verás.

—Sí, claro que le importa —dijo ella, y se cubrió la cara con las manos—. Y ahora ya no sé si volverá a llamarme.

Raúl levantó la taza de café y mientras soplaba la vio balancearse en la silla de madera. Por un momento trató de imaginar a la hija de la señora Bonifaz. Un par de veces la había llevado a las sesiones semanales, había visto a la señora Bonifaz en el marco de la puerta y había levantado la mano para saludarla o despedirse, pero le era imposible imaginar a la hija de aquella mujer, unir un rostro o una voz al nombre de la joven, a las pocas cosas que sabía de ella.

—Le importa, claro que le importa —repitió ella. Hizo una mueca y golpeó suavemente la mesa con los puños. Luego extendió las manos, cerró los ojos, respiró hondo. Observó de reojo al hombre y acto seguido desvió la vista.

—Tú no tienes la culpa de lo que haga su hija.

—Ya sé —dijo. Y luego, viendo a Raúl—: La señora tenía los músculos muy tensos. La sesión de hoy fue casi una tortura para ella.

—Debes tranquilizarte —dijo Raúl, lentamente, tomándola de la mano.

Inédito.

Jorge Zúñiga. Es traductor, ensayista y cuentista. Fue becario del Festival literario Interfaz 2015 (con sede en Oaxaca). Ha publicado en medios locales y participado en eventos literarios nacionales e internacionales. Actualmente estudia la licenciatura en Lengua y Literatura Hispanoamericanas en la UNACH y trabaja en su primer libro de cuentos. Recientemente obtuvo el Premio Nacional de Cuento Joven Filey 2016.

Ella frunció el ceño.

—Me preguntó qué pensaba. No sé, le dije. ¿Por qué crees que Tania se comporta así?, me preguntó. Primero un universitario y ahora un albañil, dijo. No sé, contesté yo, no sé. Algo podrás decirme tú que eres joven, dijo.

—¿Qué edad tiene la hija? ¿Veinte, veinticinco? —preguntó Raúl.

—Creo que veintitrés.

—Entonces es la edad.

—¿A qué te refieres?

—A que uno madura.

Ella se quedó callada un momento.

—¿Pero a qué le llamas madurar tú? ¿A conformarse con lo que tiene? ¿A aprender a aceptar? ¿A qué?

—A madurar. Uno madura.

—Sí, sí, sí —murmuró.

Aún asentía cuando tomó la jarra y regresó a la cocina. La colocó en su sitio, llenó la cafetera de agua, agregó más café. Presionó el pequeño botón y lo vio iluminarse. Entonces levantó un poco la voz para que Raúl pudiera escucharla:

—Si siempre está con gente diferente será porque ella es diferente con cada uno, eso le dije.

Raúl se puso de pie y la siguió a la cocina. Se acercó a ella por detrás, alejó el cabello de su nuca y la besó.

—Tal vez todavía no sabe quién es, le dije. Y ella se quedó callada, Raúl, no dijo nada hasta que terminé y me fui y tuvo que pagarme y despedirse.

—Habrá que esperar —dijo Raúl.

—¿Crees que me llame?

—Eres una buena masajista.

Ella sonrió. La cafetera volvió a zumbar.

—Raúl, ¿nosotros maduramos?

—Sí, claro.

—¿Y estás bien con eso?

—¿Con qué?

—Con haber madurado.

—Sí —dijo Raúl. La rodeó con los brazos. Volvió a besarle la nuca, las mejillas.

—¿Quieres más café? Es un buen café éste.

—Está bien.

—Yo no sé cómo me siento —dijo ella—. Quiero decir que a veces no sé cómo me siento. Lo de esta chica me hizo pensar muchas cosas.

Raúl suspiró, se alejó poco a poco y regresó a la sala. Ella tuvo que levantar la voz nuevamente:

—Raúl, ¿tú te conformaste conmigo?

"No", lo escuchó decir.

—¿Estás conmigo porque me quieres? Quiero decir, ¿estás conmigo porque quieres estar conmigo?

Silencio.

—Yo creo que comprendo a la chica —continuó. Tenía la bolsa de café en las manos e intentaba leer las pequeñas letras blancas de la parte de atrás—. Y no porque yo sea joven. Comprendo que esté buscando algo.

La cafetera comenzó a hacer ruido. Ella inclinó el cuerpo y asomó la cabeza al comedor. Observó a Raúl, se había puesto los lentes y tenía el folleto en las manos.

—¿Raúl?

—¿Qué pasa?

—Raúl, ¿tú sabes con cuántas personas estuve antes de decidir quedarme contigo?

Raúl no respondió.

—¿Raúl?

—No me importa —dijo Raúl.

—No lo digo para que te molestes.

—Yo tampoco.

Volvió a su lugar y se quedó callada. Miró la luz roja de la cafetera, trató de concentrarse en el zumbido del aparato. Entonces escuchó una taza golpear la pared y hacerse pedazos. Presionó nuevamente el botón antes de salir.

Sobre la mesa vio el folleto hecho jirones. Raúl no estaba. Entró al cuarto y lo encontró quitándose la ropa, preparándose para dormir.

—Ha sido un accidente —dijo Raúl por encima del hombro.

—No te preocupes —respondió ella.

—¿Necesitarás que te lleve a algún sitio mañana?

—Raúl, ya no pudimos hablar del viaje.

—Lo pensé bien y no tenemos dinero para eso. Fue una tontería de mi parte proponerlo —dijo Raúl. Levantó el cobertor y se metió en la cama.

—¿Raúl?

—Realmente fue una tontería proponerlo.

Ella buscó una blusa cómoda entre la pila de ropa limpia que había en una silla, se sentó en la cama y comenzó a desvestirse.

—Raúl, ¿tú eres feliz? —preguntó.

—Sí.

—¿De verdad?

Astrid Breiter, *Nubes*, técnica mixta/papel de algodón, 35 × 50 cm, 2015

Dinora Palma, de la serie *El dibujo sin ti*, dibujo/papel, 76 × 111 cm, 2012-2013

—Sí.

—Está bien.

Raúl se limpió la garganta, giró el cuerpo. Preguntó:

—¿Y tú?

El interruptor estaba junto a la puerta y ella tuvo que dar pequeños saltos para evitar el piso frío. Miró una última vez a Raúl antes de apagar la luz.

—Un poco —dijo.

Inédito.

Un par de horas

Claudia se puso delante de Luis y llamó a la puerta. Era medianoche. Mientras esperaban se volvió para mirarlo. "Muchas gracias por acompañarme", dijo. Al poco rato un hombre en camiseta apareció. Luis sabía que su nombre era Alan, lo sabía desde hace mucho, los niños se lo habían contado.

—¿Otra vez? —dijo Alan. Miraba fijamente a Claudia, como si él no estuviese ahí, detrás de ella.

Alan era un hombre alto, mucho más alto que ellos. Hizo un gesto con la mano para que Claudia se alejara de la puerta y dio un paso adelante.

—Ya no sigas con esto, Claudia, ahorita no quiero verte.

—Alan, no me iré a ningún lado sin los niños, son mis hijos.

—¿Y tú quién eres? ¿Tú eres el del teléfono?

—¿Teléfono? —dijo Luis—. No sé nada de eso. Yo sólo vine por mis hijos. No quiero problemas.

Alan sonrió, bajó la vista y sacudió la cabeza. Luego lo miró a los ojos. Dijo:

—¿Qué problemas? ¿Yo voy a dar problemas?

—Alan, ya no jodas. Me voy a llevar a los niños —dijo Claudia.

—¿Joder de qué? Mira nada más cómo vienes. ¿Yo te jodo? No, Claudia. Estás mal.

Y luego, mirando a Luis:

—Mira, yo los he tratado bien.

—Yo en esas cosas no me meto —lo interrumpió Luis—. Sólo vine por mis hijos. Nada más.

—Pues se van a quedar aquí hasta mañana —respondió Alan.

Claudia detuvo la puerta con un brazo para evitar que la cerrara. Intentó empujar un par de veces. Entonces Alan levantó la mano hacia ella y Luis la tomó por la cintura y la alejó del hombre. Dijo:

—Alan, ya cálmate.

—Solamente quiero que me deje tranquilo esta noche. Mañana puede venir por los niños cuando yo no esté. ¿Es tan difícil eso?

—¡Son mis hijos! —gimió Claudia. Pateó la puerta e intentó atacarlo, se abalanzó hacia él con las manos abiertas.

Alan la empujó y volvió adentro. Claudia comenzó a llorar. Lo llamó a gritos, pateó la puerta un par de veces más. No hubo respuesta. Siguió pateando hasta cansarse y luego apoyó la espalda contra la puerta y se deslizó hasta el suelo. Luis la levantó por las axilas y la llevó al auto. "Tranquila", dijo, "por favor, tranquila".

De la guantera sacó una cajetilla de cigarros sin abrir y un encendedor y se los dio a Claudia. "Espérame aquí", dijo.

Alan había hecho a un lado la cortina y lo observó caminar de vuelta hasta la puerta. Abrió.

—Alan, Claudia está muy nerviosa.

—Muy borracha también —dijo Alan, cruzándose de brazos.

—Deberías dejar que nos llevemos a los niños. Dijo que llamaría a la policía.

Alan miró hacia el coche. Claudia había encendido un cigarrillo; apoyaba el codo en la puerta y fumaba y se daba golpecitos en la sien con la misma mano. Luis se volvió para verla. Claudia movió los labios, señaló a Luis y luego a Alan.

—¿Vas a pasar? —dijo Alan—. Pasa. Ven a ver a los niños.

Luis mantuvo la vista en Claudia. Seguía haciéndole señas.

—Sí —respondió, y entraron a la casa.

Alan corrió nuevamente la cortina y observó el auto.

—Le quité la llave mientras dormía —dijo—. Revisé su bolso y le quité la llave. Yo ya sabía que me engañaba. No estaba seguro pero algo dentro de mí lo intuía, ¿sabes cómo es?

—¿Qué cosa?

—Sentir. Sentir ese tipo de cosas.

—No.

Luis sólo había visto la casa desde afuera. Dos o tres veces al mes iba por los niños y pasaban un fin de semana juntos. Jamás había visto a Alan, y Alan jamás lo había visto a él.

—¿Quieres algo de tomar? Claudia tiene algunas botellas en la cocina.

—Está bien.

—Siéntate —dijo Alan, señalando uno de los sillones.

—¿Dónde están los niños?

—En el cuarto, por allá.

Los niños dormían. Luis se inclinó y les besó la frente. Entonces Alan apareció con dos vasos y le ofreció uno.

—Son buenos niños —dijo.

Volvieron a la sala.

—Cuando yo contestaba el teléfono, colgaban —dijo Alan. Había traído una botella de la cocina, tenía los pies sobre la mesita de centro—. ¿Comprendes?

—¿Qué?

—Eso. Cuando alguien cuelga el teléfono al escuchar tu voz. Es obvio, ¿no?

Luis le pasó su vaso.

—Sí, supongo que he oído algo así —dijo.

—Primero pensé que eras tú —continuó Alan. Dobló el cuerpo hacia un lado y tomó

hielos de la cubeta que tenía junto al sillón—. Pero una vez llamaron justo cuando Claudia acababa de salir a entregarte a los niños.

Luis escuchaba en silencio.

—Yo no quise reclamarle nada en ese momento, no quería que los niños sufrieran —dijo Alan mientras le devolvía el vaso lleno—. Yo no soy una persona conflictiva, ¿sabes? Pero no aguanté más. Primero era una llamada al día, luego comenzaron a llamar también de madrugada o por las mañanas. Yo duermo durante el día. Yo necesito dormir.

—Alan, yo no sé nada de eso.

—Sí, sé que es mi problema —dijo Alan, y cruzó las piernas a la altura de los tobillos—. Pero escucha: cuando le dije que las llamadas estaban comenzando a molestarme, dejaron de llamar.

Luis no respondió.

Un momento después Alan dijo:

—Decidí llevar las cuentas de la casa. Dejé de darle dinero a Claudia, comencé a hacer todas las compras yo.

—¿Y qué pasó después?

Alan sonreía.

—Las llamadas volvieron. Todo el día, todos los días. Los niños se quejaban. Claudia comenzó a beber en serio. Finalmente, ayer apareció —dijo Alan, poniéndose de pie—. Ayer el hombre vino a mi casa, los niños me dijeron. Dicen que intentó golpearla.

Alan caminaba de aquí para allá, Luis lo seguía con la mirada.

—¿Qué debí hacer? ¿Tú qué hubieras hecho?

Entonces el claxon sonó un par de veces. Alan resopló.

—Perdón por hablar demasiado.

—Está bien —dijo Luis.

Se quedaron callados un momento.

—Cuando Tito estuvo en el hospital fue idea de Claudia que no te dejaran pasar, ¿sabes? —dijo Alan—. No quería verte.

—No lo recordaba.

—Lo mismo el cumpleaños pasado. Fue hace poco, eso seguro lo recuerdas. Lo de la salida fue un invento. Estuvimos en casa. Pedí permiso en el trabajo y compré un pastel. Fue algo sencillo, pero la pasamos bien.

—Está bien, no importa.

Alan lo observó, como si no entendiera.

—Aquí tienes, si quieres servirte —dijo, y colocó la botella en la mesa—. Yo tengo que ir al baño, dame un momento.

Volvió a escucharse el claxon.

Luis se acercó a la puerta y corrió la cortina para hacerle una seña a Claudia. Después volvió a la sala y se agachó para tomar algunos hielos.

—Alan, ¿sigues en la empresa de vigilancia? —gritó.

Podía escuchar a Claudia tocando el claxon, pero Alan no contestó.

Entonces vio el teléfono sobre la televisión. Imaginó a Alan contestando las llamadas,

pidiéndole a quien estuviese del otro lado de la línea, tal vez molesto, tal vez sólo cansado, harto, que dejara de llamar.

Dejó su vaso sobre la mesa y miró atentamente el aparato. Claudia le había pedido ayuda. Algo de vida o muerte, eso había dicho. Los niños estaban en peligro, también había dicho eso. Pero los niños no estaban en peligro. Nada estaba en peligro. Por lo menos nada digno de salvarse estaba en peligro.

Alan volvió a la sala, tomó la botella y rellenó su vaso.

—Alan, ¿tú crees en el destino?

Alan sonrió.

—¿En horóscopos y esas cosas?

—No. En el destino.

—No —dijo Alan, y bebió.

—Está bien —dijo Luis, y se puso de pie.

Alan permaneció sentado.

—¿Tú me entiendes, Luis? —dijo, sin mirarlo.

—¿Entender?

—Sí. ¿Qué debí hacer?

—Claudia tiene problemas, pero no son tus problemas.

Alan guardó silencio. Había cruzado los brazos y miraba al suelo.

Se despidieron en la puerta. Alan buscó a Claudia con la vista pero no pudo encontrarla. En ese momento el teléfono comenzó a sonar. Se miraron. Alan volvió adentro.

—Eres un inútil —dijo Claudia.

—Creo que podemos darle un par de horas al hombre.

—¿Por qué?

—Porque sí.

—Siempre fuiste un inútil, Luis. Es impresionante.

Luis sonrió.

—Creo que podemos darle un par de horas al hombre —repitió.

Después de dos calles pequeñas llegaron a la avenida principal, una recta que parecía extenderse hasta el horizonte. Luis aceleró, cerró los ojos. Las llantas del automóvil dejaron atrás una estela de humo.

—¿A dónde vamos? —preguntó Claudia.

No hubo respuesta.

—Luis, no seas idiota. Luis, llévame a casa, tengo que ver a mis hijos.

—Creo que podemos darle un par de horas al hombre —dijo Luis, y presionó a fondo el acelerador. Ⓟ

Inédito.

p. 67: Astrid Breiter, de la serie *Sinfonía caótica*, *Construyo castillos de aire*, técnica mixta/papel de algodón, 35 × 50 cm, 2015

Neón

Victoria Sáenz
Tuxtla Gutiérrez, 1990

Tenía las piernas mojadas por la lluvia y siete dólares en el bolsillo; ya había gastado una parte en cigarros, el resto era para terminarlo con Xavier en el bar de la Cuarta. Tenía que esperar a Amanda y la lluvia me obligaba a guarecerme bajo los toldos. Ella solía llegar con retraso y yo fumaba siempre al esperarla. Encendí un cigarrillo que me escoció los labios al contacto. Me pareció ver a Miles cruzando la avenida. El vapor de la acera nublaba los faros de los coches. Alguien se había aparcado muy cerca, pensé que quizás sería Miles que venía a buscarnos. Yo había conocido a Amanda en el bar, escuchando música mezclada con alcohol. Estaba sobrio, embriagado por la acidez de la ciudad, por sus calles repletas de mujeres inquietantes en la promesa de un sombrío callejón. Amanda estaba recargada muy cerca de la barra donde yo bebía y escribía renglones negros e ilegibles, invisibles impresiones de rostros que apenas conocía. Doblé la pequeña hoja y me la guardé en el bolsillo, Xavier sonrió y me sirvió otro trago. Miles acababa de llegar, vislumbré su silueta delgada junto a la puerta, llevaba una chaqueta de cuero lustroso, pantalones muy ceñidos y camiseta; tenía una pequeña cicatriz debajo del parpado izquierdo y el ojo nublado por una tela brillante como neón.

Miles era torvo y taciturno, indiferente al gusto del encuentro. Me saludó con un gesto de cabeza y tomó asiento, la banda aminoró el ritmo hasta callar. Pedí una cerveza. Entonces comenzó a hablarme del abismo de sus veintes, de cómo conducía en ese entonces un Dodge Neón, recién importado de Illinois, y cogía siempre la misma ruta desde la calle Rems hasta la Satín; de que Amanda, en ayunas y con un amplio y viejo camisón, barría la entrada de la *casa pública* mientras él la miraba por el retrovisor —todas las mañanas— entre los reflejos de las primeras luces sobre los escaparates. Amanda tenía dieciséis. Miles la había visto recorrer cada día los diez metros de acera barriendo el polvo inerme, la soledad estática de la calle que parecía abstraerla y librarla de la vacuidad. Muchas veces intentó hablarle desde el coche, hacerle señas, guiar su mano hasta ella y alcanzarla; jamás intentó bajarse porque ella tenía ese aire de levedad, ese *ser de nada* que sólo se sospecha en la penumbra o en la sustancia de la sombra. Ahora Amanda tiene treinta años, es la mujer que señala Miles al terminar su relato, es la chica al borde de la barra, es el rostro que me observa de espaldas desde algún abismo.

Xavier también observa, está atento al relato, sonríe con esa sonrisa de cantinero

Inédito.

Victoria Sáenz. Estudió en la Universidad Autónoma de Chiapas y en la Universidad Nacional Autónoma de México. Actualmente se dedica al proyecto editorial independiente Lengua de Colibrí. Su primer libro de cuentos *Memorias del vacío* permanece inédito.

que me disgusta; ha pasado la mitad de su vida sirviendo tragos o bebiendo, nueve horas al día detrás de la barra alimentando el insomnio, espiando la vida a través de los sucios cuellos de botella, sondeando la dureza de cada rostro, la medida de cada vaso. Sin embargo, sigue siendo un buen catador de almas, una especie de anárquico Dionisos que pasa sus horas libres envuelto en una nube de tormentos, deprimido muchas veces por el fantasma de su padre, por el recuerdo de sus caricias y sus golpes, por las crisis de su madre y por la educación senil en que lo crió su abuela. Pero los dados del azar han puesto entre sus manos el dulce psicodélico para la amargura de sus días. Porque existe solamente como un ojo detrás de aquella barra, en la vorágine latente de los días, en aquel cubismo de la vista sin profundidad, en el brillo de cada botella que sirve y le devuelve esa luz oscura que deforma su retrato.

Ha pasado tiempo; ahora fumo, espero a Amanda mientras cae la lluvia. Veo el cristal del coche oscuro que se aparcó junto a la acera, el reflejo de las luces centellea, existe pero no tiene trascendencia porque la noche es *como un resplandor oscuro en medio de la luz*. Termino el cigarrillo, me acuerdo de las últimas palabras de Miles, del bar y de la canción silenciosa sonando en la rockola. Un mendigo cruza la avenida, lleva una botella en el bolsillo del abrigo. La visión me parece grotesca: se parece a Xavier, aún tiene el mismo aire de Dionisos; lo saludo con un gesto de cabeza, sus ojos azules, que un día expiaron mi ebriedad y me succionaron vivaces como ventosas, son ahora *ojos de perro azul*. Hace dos años que Xavier se quedó en el viaje. La golosina psicodélica que tanta amargura alivió, es ahora ácida y amarga. Ya no queda miel ni una sola gota de sangre que lo salve del vacío. Se aleja solo por las calles a beber debajo de algún puente. Aún veo sus hombros perderse en la penumbra, en algún rincón de ese cuerpo tintinea todavía el cálido fulgor de su existencia.

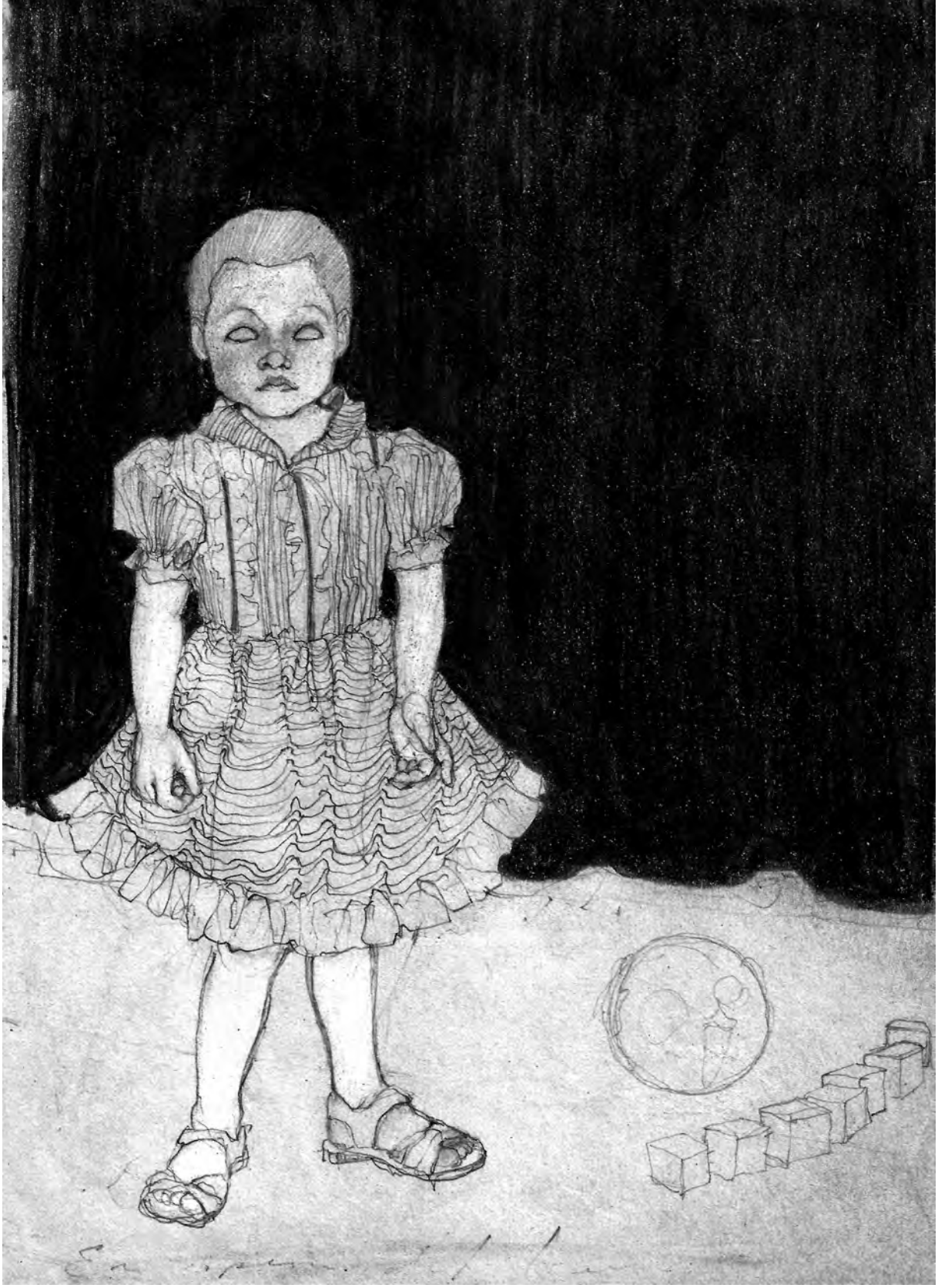
La noche se tiende sobre la ciudad, se vuelve más profunda, se prolonga; los edificios son sólo paredes altas, las lámparas son sólo hierros fríos, astillas de luz que se apuntalan. A esta hora los coches surcan las carreteras, la gente viaja indiferente, duerme, se vuelve insomne, escribe sobre sus rodillas renglones ilegibles; tropieza con los rostros, se abraza a ellos y los recuerda, porque el sueño es una correspondencia invisible que nos saluda desde lejos. También esta ciudad ya me es indiferente, ya no hay lugar para el dolor, para la pérdida.

Miles falleció hace dos semanas. Alguien le disparó en los alrededores del sub-

terráneo, por la ruta que lleva a Rems y Satín; lo persiguieron, querían robarle el coche, declaran las autoridades *competentes*, pero lo que compete a mi razón y no a la evidencia es que yo tengo la prueba irrefutable de su amistad, de su secreto: él murió acribillado por el mismo tipo que le nubló el ojo, la única sombra que jamás temió encontrar. Ahora recuerdo bien las últimas palabras de Miles, en el bar, el oído atento de Xavier, la respiración del hombre silencioso: *Nunca intenté bajarme… porque ella existía en esa ceguera silenciosa. Está ciega, por eso barría siempre hacia el mismo lado, con esa misma perfección que sólo los ciegos tienen al andar, con esa discreción de movimientos inequívocos que no tropiezan, porque son seres puros como la luz, como las partículas de polvo que son ciegas y calladas… porque existen como un punto solitario en la impermeabilidad del tiempo, con la extrañeza de una criatura subterránea que cava túneles inmensos, con la estrella de la nada brillando ante sus ojos…* ❶

p. 70: Dinora Palma, de la serie *El dibujo sin ti. El ausente*, dibujo/papel, 21 × 14.5 cm, 2010

el vestido que dejé en mi casa...



p. 24: Dinora Palma, de la serie *El dibujo sin ti. El ausente*, dibujo/papel, 21 × 14.5 cm, 2010

Delirio

Alejandra Muñoz
Chiapa de Corzo, 1992

¡Mamá! La vida no es tal como la conocemos; en realidad venimos de un trozo de zanahoria escupido por un conejo y ahora vamos en un viaje intraespacial hacia el techo del universo. Mi gato es la reencarnación de algún dios oriental, las manchas de su pelaje son el mapa de un misterioso lenguaje que encierra el destino de una lejana estrella. ¡Mira! Mira a través de sus ojos, verás la historia del polvo.

Mamá, escucha. Shh. Shh. Escucha. Ahí está. Es el tiempo que susurra. ¡Está clarísimo! No vamos al futuro. ¡Venimos del futuro! Lo entendemos todo mal. Esto que vivimos y lo que viviremos ya ha sucedido, lo que creemos que ha pasado todavía pasará. La célula, la primera célula, ése es el futuro, la nada interrumpida por la aguda astilla de la vida.

Mamá, no llores, te digo la verdad. Las aguas del mar se volcarán al cielo, nuestras plantas pegadas a la tierra tocarán el fondo y no encontraremos tesoros ni sirenas, sino grandes astros chocando entre ellos, algo así como el sueño de Van Gogh. Y la Atlántida, ¡violines para la Atlántida! Que ha sido el sueño de un niño que aturdido por los cantos de las olas vio la miniatura de una ciudad engrandecida por la sal.

Mamá, ponme atención, debemos descifrar el mapa estelar que se encuentra en los recónditos naufragios de corsarios del siglo XVI, sólo así podremos llegar al techo en un infinito, pero lineal descenso. Mamá, te dictaré las coordenadas para descubrir en las alas de las moscas las volutas de loas que nos llevarán al principio de la espiral…

Mientras tanto la cama de hospital-nave intraespacial ardía en fiebre. La madre del profeta lloraba al escuchar los delirios de su hijo, pero no entendía nada, pues claro, el niño hablaba en la antigua lengua de los constructores de la Torre de Babel que en nuestros tiempos ya ninguna madre entiende. Ⓟ

Inédito.

Alejandra Muñoz. Es narradora y ensayista. En 2007 obtuvo el Premio Estatal de la Juventud en Literatura. Ha participado en distintos eventos académicos y literarios nacionales e internacionales. Es egresada de la licenciatura en Lengua y Literatura Hispanoamericanas. Actualmente estudia Derechos Humanos.

Diálogos sin Diana

Óscar Gordillo
Comitán de Domínguez, 1994

No recuerdo por qué Diana no había ido al café ese día, pero decidí sentarme en la mesa que compartíamos a diario, la mesa en que nos conocimos. Cualquiera diría que me senté ahí para recordarla; tal vez para no olvidarla. Lo cierto es que el afecto hacia esa mesa iba más allá de ella: la luz que había era suficientemente brillante para leer, y suficientemente tenue para no lastimarse la mirada. Ese fenómeno óptico —que a su vez era un segundo motivo de afecto por la mesa— se debía al árbol al que siempre le tomaba fotos Diana.

El mesero me pasó el café mientras yo abría el libro correspondiente al jueves. Comencé a leer. Página 68 y la nostalgia se apoderó dos líneas abajo del café en que ese día no estaba Diana. Prendí un cigarro. Primer sorbo; jueves sin azúcar, sin ella. Al fondo se escuchaba la voz del mesero anunciando mi llegada para que Alejandra cambiara la música. "Siempre Bach", hubiese dicho Diana de haber estado ahí, "dos semanas lo pedimos y ahora nunca lo quitan". Siempre tan ella, refutando todo, pero esta vez hubiera tenido razón. Alcé la mano derecha mientras la otra dejaba el libro y me acercaba el cigarro a la boca.

—¿Desea algo más, señor?

—La música, Alberto, quiero que la cambies.

—Oh, ¿será jueves de Beethoven, señor?

—No, hoy tampoco quiero a Beethoven—, le dije mientras le daba otro beso al cigarro, ¿sólo tienen música clásica? ¿No hay algo de Sabina, Alberto?

—Parece que sí, ahora mismo le diré a Ale que lo ponga.

Al fondo se escuchaba la música de Sabina mientras comenzaba a sentir cómo el café perdía su calor en mi garganta. Tomé nuevamente el libro y la nostalgia regresó con la frase "deja ya de leer, tonto, vienes conmigo" que sonó en mi mente con la voz de Diana, que se ausentaba más en la página 73. "Carajo, déjame leer" le hubiese dicho, "debería empezar a venir solo". "A ver quién te besa, cabrón" hubiese dicho ella. A dos mesas se sentó un señor con un periódico y no tardó más de dos minutos en levantarse y pedirme cortésmente que le encendiera su cigarro. "¡Cómo se atreve la gente a venir a un café sin encendedor!", hubiese dicho Diana, "hay unos que hasta sin cigarros vienen. La gente está loca". Página 76 y perdí el texto con la música de Sabina que sollozaba la inexistencia de Diana en estos momentos.

Inédito.

Óscar Gordillo. Estudia Lengua y Literatura Hispanoamericana en la Universidad Autónoma de Chiapas. Aparece en *8º Carruaje de pájaros. Antología poesía y narrativa*. Ha publicado en periódicos, gacetas y revistas virtuales.

Vivo en el número 7, calle melancolía,
quiero mudarme hace tiempo al barrio
de la alegría.

Regresé al libro y tomé la taza de café que mostró la misma ausencia de Diana. Prendí un tercer cigarro (¿en qué momento prendí el segundo?). Levanté la mano para pedir más café. Dejé el libro, no quería leer. Tomé el libro de nuevo, esta vez sólo para ver si en algún momento se aparecía Diana diciendo "Deja ya de leer, tonto, vienes conmigo". Seguí la lectura con el cigarro en su punto. El señor del periódico se levantó y volvió a pedirme el encendedor mientras Sabina mitificaba el primer jueves de abril sin una Diana que se robara aquellas letras de la página 82, pero con mi Diana robando presencia en la silla que esperaba que se hincara y comenzara a tomar fotos al árbol que dejaba caer sus hojas en abril.

—¿Más café, señor?

—Carajo, esta cosa se vacía sola —dije mientras agitaba la taza vacía—, sí, más café, por favor.

Volví a dejar el libro y prendí otro cigarro. El señor de la otra mesa se fue luego de pagar su cuenta y pasar diciéndome "muchas gracias por el encendedor, caballero". Tercera taza de café y aún no había azúcar que reemplazara la ausencia de Diana. El volumen de la música parecía bajar (tal vez por el cambio de canción), el árbol seguía tirando hojas en abril mientras Sabina continuaba su canto:

Desde que salgo con la pálida dama
ando más muerto que vivo,
pero dormir el sueño eterno en su cama
me parece excesivo.

Fabricio Molina, *Acto de gratitud*, punta seca, aguafuerte, linóleo, 15 × 17 cm, 2015

Terminó la canción con un café más espeso que de costumbre. Las hojas seguían cayendo. El sol a espaldas del árbol dibujaba la silueta de una Diana hincada tomando fotos, mientras su figura de hojas caía y yo me preguntaba: "¿cuántas fotos podría tomar Diana antes de que su figura se deshoje por completo?" Abrí de nuevo el libro y prendí un cigarro en la página 85. Dejé de leer y observé cómo Diana se deshojaba, a la vez que se hacía gigante por el sol que al ocultarse levantaba hasta el cielo su figura, que seguía cayendo. No pude evitar derramar la primera lágrima al ver derrumbarse su silueta así, tan tranquila, como si no tuviese prisa a la vez que no dejaba de tomar fotos, como si no fuera a volver y quisiera capturar toda la vida del árbol; cada hoja que cae, cada estación. El árbol no dejaba de deshojarse y parecía morir en la sombra de Diana que capturaba toda su vida, y luego capturó toda su muerte. La taza de café se acabó; el árbol culminó la puesta de sol en el exacto momento en que ella se deshojaba en la silla. Tomé el libro y fingí leer. Carajo, Diana, cuánto más debía leer para que aparecieras diciendo "deja ya de leer, tonto, estoy contigo". Ⓟ

Unas líneas para *Wide Screen*

Luis Paniagua

Víctor Cabrera
Wide screen
Bonobos-Conaculta, 2009

El segundo libro de poemas (luego de *Signos de traslado*) del poeta chiapaneco Víctor Cabrera (Arriaga, 1973) lleva por título *Wide screen* ("Pantalla ancha" en español), nombre que se ajusta naturalmente debido a la construcción del poemario. Una pantalla ancha es aquella en la cual se proyectan películas de formato extendido. El libro (Bonobos, 2009), como objeto impreso, es una belleza en sí mismo: pensado como una pantalla, tiene un formato apaisado que le da preferencia al plano horizontal, jugando con la carga visual del concepto. Por otra parte, el contenido germina a partir de referentes como fotogramas, escenas, secuencias o diálogos de cinco largometrajes del realizador estadounidense Jim Jarmusch, a saber, *Stranger than Paradise* [*Más extraño que el paraíso*] (1984), *Down by Law* [*Bajo la ley*] (1986), *Mistery Train* [*El tren del misterio*] (1989), *Dead Man* [*Hombre muerto*] (1995) y *Ghost Dog: The Way of the Samurai* [*Ghost Dog: El camino del samurai*] (1999), respectivamente.

Un título que pudiera venir igualmente bien al libro es el de la segunda sección del volumen: "*A Sad and Beautiful World*" [Un triste y hermoso mundo], pues es la tónica que marca los derroteros de las múltiples voces que articulan el discurso de *Wide screen*: una belleza que no está presente sino en la ausencia, el día que avanza por los contornos y lo erosiona todo; el hastío, la tristeza, el "grado cero del patetismo".

Por su parte, nos dice Francisco Segovia que el libro de marras "está escrito con los bastones del ojo: mira con esas células que perciben todavía eso que ya no está en el campo focal y ni siquiera en el campo de la luz, sino entrando ya a la sombra y lo difuso". Es curioso que un libro que parte de una disciplina mayormente visual se cifre en lo que está en los bordes, en lo liminal. Su certeza es una semilla que está en los contornos. Pero, como dirá más adelante el propio poeta, no son tantas las certezas como las intuiciones, las visiones por contraste, las tomas tangenciales, los planos oblicuos. Por eso, la luz dura sólo un instante. El instante justo para darnos cuenta de que "la belleza [sólo] es visible por su ausencia". Ⓟ

Luis Paniagua (San Pablo Pejo, Guanajuato, 1979). Estudió Lengua y Literaturas Hispánicas en la UNAM. Es autor de *Los pasos del visitante* (Ediciones de Punto de Partida, 2006) y *Maverick 71* (Literal Publishing, 2013).

Apología del pesimismo: *The Mountain with Teeth*

Alonso Núñez Utrilla

Alejandra Elena Gámez
The Mountain with Teeth, vol. 2
México, 2015.

Un pescador de sirenas, un hombre que reúne todas las promesas que no se cumplen, y una mujer invadida de pájaros por dentro son algunas de las historias que habitan el segundo volumen de *The mountain with teeth*. Si bien llevo un par de años de seguir el trabajo de Alejandra Gámez, no puedo presumir de haberlo descubierto pero sí de que éste me haya descubierto a mí. En un momento en el que el webcómic mexicano va adquiriendo cada vez más fuerza, sin duda alguna las tiras de Alejandra Gámez, ahora recopiladas en dos volúmenes publicados de forma independiente, destacan no sólo por su humor y su ingenio, sino también por la belleza y la poesía que encierran.

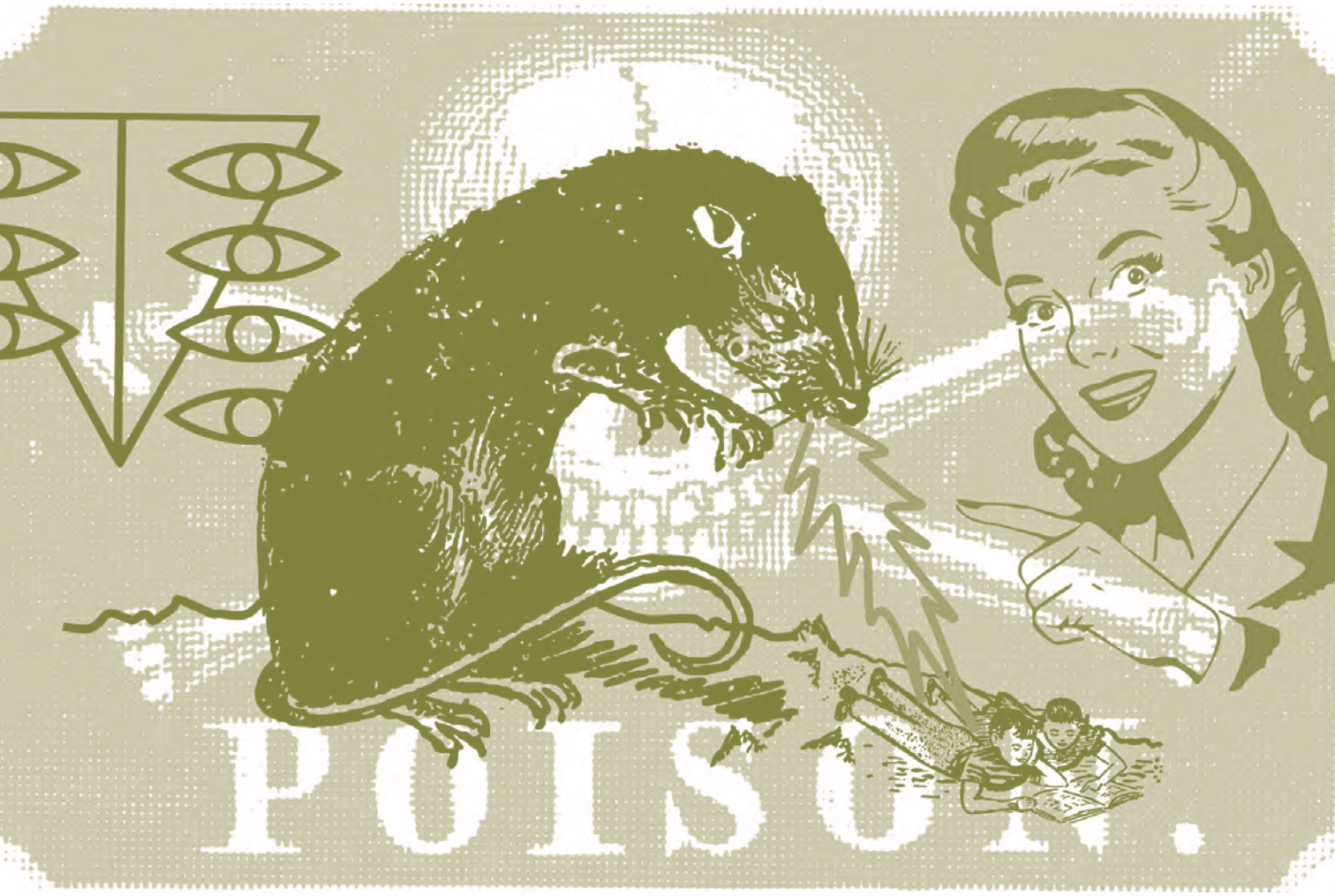
Como buena autora fantástica y con un estilo que recuerda al de artistas como Cortázar, Max Aub y Francisco Tario, en las páginas de *The mountain with teeth* encontramos historias —minificciones que no pasan de las cinco o seis páginas— en las que algo tan simple como lavar la ropa o practicar tiro con arco se troca en algo maravilloso; otras en las que se reconstruyen, con un increíble y oscuro humor, figuras del imaginario infantil tales como el ratón de los dientes o Santa Claus; o algunas más en las que Alejandra simplemente nos comparte sus miedos y pesadillas. Pero hay también historias que, debido a toques surrealistas, apenas y se paran de puntas sobre lo cotidiano, historias que terminan despegando de la realidad y vuelan a través de la imaginación del lector. Sin importar de cuál de sus historias se trate, siempre están presentes los temas de la muerte, el amor, la soledad, la depresión y la insignificancia de la existencia, eso sí, siempre con un alegre pesimismo. De esta forma, en cada viñeta el lector conocerá personajes ya entrañables como Ser sin Rostro, símbolo de nuestra perpetua búsqueda de identidad; el Señor Cocodrilo, personificación del pesimismo, y a una versión ficcional de la propia Alejandra, por lo que pareciera querer llevarnos a un *tour* por su psique solamente para descubrir que en realidad estamos explorando nuestras propias mentes.

En este segundo volumen de sus obras merecen una mención aparte dos tiras en las que la autora expone sus reflexiones respecto a la maternidad y a lo que significa ser mujer en una sociedad que todavía no ha logrado deshacerse de sus prejuicios. Y es

que el trabajo de Alejandra Gámez logra justamente eso, sus historias no se tratan únicamente de mujeres o de hombres, sino de personas. Todo esto a través de un medio (el cómic) que también suele ser menospreciado y catalogado de "arte de segunda categoría", postura que, por fortuna, ha ido retrocediendo de forma gradual, precisamente gracias a autores como Alejandra Gámez, una artista fantástica en todos los sentidos. Ⓟ

Alonso Núñez Utrilla (Ciudad de México, 1990). Es licenciado en Lengua y Literaturas Hispánicas por la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Es corrector de estilo. Ha colaborado en las revistas *Penumbria*, *Punto en línea*, *Marabunta* y *Punto de partida*. Publicó el libro de cuentos *Terapia de shock* (Ediciones y Punto, 2015).

P



DIFUSION CULTURAL UNAM

Literatura UNAM

Universidad Nacional Autónoma de México